

El arte de la vida.  
Una biografía pintada con la boca

Érika Eloísa Chaidez López

**El arte de la vida.  
Una biografía pintada con la boca**

Érika Eloísa Chaidez López

Premios DEMAC 2011-2012



México, 2013

Primera edición, septiembre de 2013

El arte de la vida.  
Una biografía pintada con la boca  
por  
Érika Eloísa Chaidez López

Diseño de portada:  
Mariana Zúñiga Torres  
[www.marianazuñigatorres.com](http://www.marianazuñigatorres.com)

Pintura de la portada: Lidia Chaidez

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2013, por  
Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.  
José de Teresa 253,  
Col. Campestre  
01040, México, D.F.  
Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208  
Correo electrónico: [demac@demac.com.mx](mailto:demac@demac.com.mx)  
[librosdemac@demac.org.mx](mailto:librosdemac@demac.org.mx)

Impreso en México

ISBN 978-607-7850-49-6

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

## ÍNDICE

1. El cumpleaños de Lilí y su regalo .....	7
2. El viaje fue su destino.....	17
3. El Aguajito recibe nuevamente a la familia .....	21
4. Lidia sigue con vida (en el hospital de Culiacán).....	25
5. La casa del arroyo que la vio nacer .....	31
6. El viaje a San Francisco y el retorno a El Aguajito.....	35
7. El viaje a Los Mochis, su verdadero hogar .....	49
8. Mamá se fue.....	55
9. Un paisaje interior de la universidad a la casita de Los Mochis.....	63
10. El proyecto del trabajo.....	69
11. Lucrecia: su nuevo apoyo.....	79
12. Y después de 1999... Una conclusión con la boca y el corazón .....	81

13. Los inicios de la escuela de pintores con la boca: el primer taller.....	89
14. Un final que continúa en la creación y los colores del alma.....	95

## 1. EL CUMPLEAÑOS DE LILÍ Y SU REGALO

Transcurría la mañana del 14 de marzo de 1983, cumpleaños trece de Lidia de Jesús; sus amigos le decían Lilí. Muy temprano, en compañía de su hermana de once años, salió al centro a buscar ella misma su regalo. Se detuvieron en una esquina. Eliana se quedó parada frente a ella, que lucía feliz; observaba el rostro a contraluz que dejaba ver el brillo de su piel pulcra, en éxtasis con el sol de seda, sonrosada. En la mirada tenía un brillo sublime de satisfacción, y en ese momento manifestó un rasgo característico que la distinguiría para toda la vida: determinación.

La cara de Eliana, palpitante, enajenada, con el cuello extendido por la diferencia de estatura, era un momento fugaz que perduraría en su memoria, el único previo, rememorado siempre antes del desastre. Aunque los años pasaron sin tregua, ella nunca olvidaría ese instante, esa figura, el cuerpo de su hermana sostenido con la fuerza natural y ordinaria, en una fotografía a color que fue empañándose con el correr del tiempo, como si se empolvara. De vez en cuando salía a relucir y entonces la sacudía en su mente y se tornaba fresca, casi recién captada. La comparaba con la Lilí actual para percatarse del sentimiento insuperable, sin cambios. Sin duda era la misma... Sólo añoraba ver a su hermana de pie.

Por un instante el ruido de la calle se opacó, todos continuaban su camino, ajenos, sólo ella estaba ahí, dueña de sí misma. En su expresión no existía el miedo... o tal vez aún no se tropezaba con él, pareciera que nada la haría renunciar.

Ahorró por seis meses para comprarse el vestido de minifalda con rayas y círculos blancos y azules; llamaba la atención por lo

corto, y porque destacaba sus perfectas y torneadas piernas. Ya comenzaba a despertar el morbo de algunas miradas más que indiscretas del sexo masculino. Su bien desarrollado cuerpo al cumplir los trece no era común en las niñas de esa edad; alta de estatura, tal vez contrastaba con los bucles infantiles, la mirada dulce entrando a la pubertad y sus ojos bonachones color miel.

Transitó varios mediodías y tardes por las calles céntricas, atiborradas de trabajadores presurosos y compradores pasmados en cada puesto de la banqueta camino a la secundaria, planeando ella misma su presente de cumpleaños. Decidió comprarse ese vestido de algodón; así festejó desde temprano. Llegó a su casa donde le esperaba un pastel, aguas frescas, su mamá, hermanos, y varios amigos que vivían en la misma calle. En la mesa de madera con mantel azul había regalos, gorritos de fiesta, serpentinas y espartasuegras; su semblante se encendió. Apagó las velas del pastel no sin antes pedir un deseo, uno grande que la hacía muy feliz: ir de visita a casa de la Manina para las vacaciones de Semana Santa, que ya estaban muy próximas. Se esforzó mucho ese día en conseguir que lo aceptara su mamá, insistiéndole hasta fastidiar, y no lo consiguió, porque a Olivia, su madre, nunca le agradó la idea de vacacionar durante ese periodo por la cantidad de personas que viajan, los accidentes en carretera, y no sólo eso, por la religiosidad con que ella tomaba la pasión de Cristo crucificado, pensaba que eran fechas de respeto y paz.

Olivia era una mujer joven, atractiva, que no dejaba ver las señas que dejan seis partos naturales y una vida de trabajo que la hizo curtida, decidida y capaz en todo lo necesario para la existencia. Se sentía el aire de seguridad que dejaba en el ambiente. En una lucha diaria obligaba a Manuel, su esposo, a hacerse cargo de los gastos; su esfuerzo era evidente al trabajar con él para poder guardarse, sin que se diera cuenta, el gasto diario. Había un ímpetu natural desprendido de la fortaleza de ella que se escuchaba respirar en las partículas de oxígeno en esa casa de ladrillo engarzado con concreto

en los muros de las esquinas, amarrados con alambre recocado al techo de vigas y lámina negra, tan frágil, que un huracán acontecido un año después lo hizo volar por completo, como el despegar de un zopilote con las alas abiertas, relumbrantes a cada relámpago.

Olivia entonces tomaría a Lili, enredando sus brazos frágiles al cuello, su cuerpo desvalido colgaba de la espalda como si fuera un escarabajo, arrastrando sus escuálidos y largos pies desnudos. Eliana apuntalaba con los hombros el resbaladizo cuerpo enganchado, que el viento trataba de arrebatarse con borrascas que parecían lazadas rasposas e hirientes. Caminaban diez metros y sobre los mismos pasos se devolvían, el agua les lastimaba hasta las rodillas cuando llegaron al refugio de doña Tere, quien daba asilo aquella tormentosa noche del ciclón Lidia, cuyo nombre fue quizá la conclusión de lo que ella misma viviría, un accidente como un huracán, que se llevó todo a su paso.

Nunca más se vio en qué camino paró el techo su vuelo. Se le buscó sin ganas, porque es bien sabido que las cosas que se lleva el huracán desaparecen, van a dar muy lejos, en algún árbol, se las lleva el torrente que pasa crecido y enlodado por entre los solares, dividiéndolos y carcomiéndolos, llevándose la tierra quién sabe a dónde, haciéndose cada vez más grande y caudaloso ese fatigado arroyo que había encontrado su cauce antes de medir los terrenos.

O tal vez cabe la posibilidad de que parara en otra casa que necesitara un techo, eso pensó Eliana con su imaginación de zaurina,\* heredada de mezclas familiares con dones parecidos, pero ninguno como éste. Su bisabuela, su abuela, su madre y después ella, jugaban con duendes y niños que no eran de su mundo; ella los dominaba y sin temor decía a su madre que andaban por la casa haciendo bromas.

Ciertamente, atinaba a todo. Los adultos comenzaron a creerle desde que empezó a hablar, les decía a las mujeres preñadas el

\* Adivina.



sexo del producto en su panza, también acertaba en cuántos días llovería, si se inundaría, si se acercaba un huracán o algún accidente importante.

Pasó cuando Olivia estaba a punto de subirse a un autobús. Ella le dijo que no lo hiciera porque se iba a partir en dos y se quemaría. Supo que tenía razón, creyó en su hija de cinco años. Para su fortuna, y desgracia de otros, así fue.

Eliana tenía el don de la predicción. Por esta razón su carácter era rudo, líder, pegada a su mamá siempre de los pantalones, o de la cintura, según como iba creciendo. Cuando llegaban visitas, se quedaba de pie a un lado de la silla, como soldadito de guardia inglés, sin moverse, atenta a cualquier gesto de su mamá para seguir instrucciones, que recibía con sólo un movimiento de ojos, cada uno con un significado distinto. Los conocía todos, les tenía respeto y el sentido siempre era obedecer o, si no, castigo, que ejecutaba muchas veces con un pedazo de manguera que le dejaba verdugones atravesados a lo largo de la pierna que tardaban una semana en desaparecer.

Así como pudo predecir el ciclón, Eliana intuyó que algo inevitable iba a cambiar sus vidas. En su mente persistía la imagen de un accidente, de algo extraño que no se explicó. En su familia jamás aconteció una tragedia, era todo normal. Repasó numerosas veces en su mente, pues le daba pavor el solo hecho de tener en su cabeza la diferencia entre el hoy y lo que podía ser. Tuvo miedo de revelar los presagios. Por primera vez juzgó y analizó lo que venía a torturarla seguido, por primera vez fue incrédula sin saber que estuvo razonando al propio instinto natural que negaba. Era una niña.

Lilí insistió hasta cansar a Olivia para visitar a su Manina en Semana Santa. Con enorme falta de convencimiento, por fin accedió.

En esos días Manuel, su esposo, no estaba. Andaba vendiendo por la sierra sus menjurjes para los dolores reumáticos que él preparaba, elaborados con aceite de los transformadores de luz,

muy barato por ser desechable. Lo compraba por litros. Quienes se lo vendían se rascaban la cabeza pensando: “¿Para qué le servirá este aceite?”; se quedaban siempre con la duda. También usaba, algunas veces, petróleo lila. En una lata de veinte litros lo mezclaba con ramas y raíces de matanene —una hierba medicinal que crecía por esos lugares y que cortaba en las orillas de los canalones de riego en las afueras de Culiacán—, con otras hierbas para las reumas, alcanfor y mentol para el olor y la penetración en los músculos, y salicilato para quitar los dolores. Hervía todo y después lo colaba en botellas de vidrio que permitían ver el color viscoso y negruzco, pero lo más ofensivo sin duda era el olor. Si alguien osaba aspirarlo, normalmente corría peligro de que se le fuera a las sienas hasta desmayarse. Por eso Manuel, con sus dotes de comerciante, daba instrucciones muy precisas en sus etiquetas elaboradas en máquina de escribir y fijadas con pegamento, tales como: no oler de cerca el producto y no bañarse en veinticuatro horas, debido al calor tan penetrante que perduraba al aplicárselo en la piel. Por la hediondez que cargaban durante ese tiempo, nadie se aventuraba a aproximarse a menos de tres metros de distancia al embadurnado, pero valía la pena, con tal de curarse de sus males. En otra versión del mismo amasijo preparaba pomadas que contenían, en vez de aceite de transformador o petróleo lila, cera de veladoras, por ser más económicas, y sólo una pizca de vaselina. No por casualidad, con tanto calor aplicado, las personas sentían alivio de sus dolencias. Era maravilloso el “matanene”.

No poseían más alternativas que hierbas y pociones elaboradas por curanderos en esos lugares invisibles en lo alto de la sierra de Sinaloa y Chihuahua. Manuel se trasladaba en tranvías: camiones Thornton con asientos incrustados en la plataforma, sin paredes, con techos hechizos forrados con lona, lentos como tortugas. Se volvían interminables las horas para llegar a los poblados más recónditos, sin escaparse de los asaltos por ser caminos barrancosos, quebrados. Incluso creó, por necesidad, sus talegas ocultas en el cinturón

para guardar la mayor cantidad de dinero. Dejaba poco a la vista para despistar a los gavilleros que de repente salían de entre los pinos. Quién sabe cómo bajaban por la falda de los cerros, como mandriles colgándose de los matorrales, brincando las piedras a gran velocidad hasta llegar al camino de terracería. Por ese motivo él tardaba mucho en regresar a casa; a veces no sabía de su familia por meses.

Por fin salieron de vacaciones. Olivia y sus hijos tomaron el autobús de Culiacán con rumbo a Los Mochis; después otro camión foráneo para llegar a visitar a su Manina. Cuatro horas después caminaban por la calle de entrada a San Juan Bautista de Cochorime, El Aguajito, un ejido que estaba a sólo cinco kilómetros del estero, que a su vez tenía kilómetros de longitud, hasta llegar a la boca del río donde comenzaban las dunas de arena blanca de la playa.

A esas horas el pueblo estaba casi desierto. Las oleadas de salitre les apeñuscaban el sabor ocre en los labios, que se comenzaban a reseca. La tierra suelta les perseguía los talones y las canillas dejándolas chamagosas, pegajosas entre el sudor y la sal. A cada momento la sensación del sol, pesada, les encandilaba la visión que mantenían fija en el final de la travesía. Se tropezaban con las piedras resalidas de la calle reluciente de vapor a las dos de la tarde. Algunos aguajiteños los miraban con curiosidad y gusto, guarecidos debajo de las matas de mango. Hortensia, la Tencha, su abuela, a la que todos los nietos por costumbre le decían Manina, y madre de Olivia, los miró a lo lejos, desde antes de dar la vuelta en la esquina, y luego salió al encuentro en la entrada del solar. Los vio levantando el polvo a cada paso. Ya no los esperaba, pensó que no irían. Salieron también los perros, pero sólo hasta donde la sombra del tamarindo acostado les permitió pisar el suelo fresco. Se quedaron esperando, moviendo la cola de un lado a otro. Los siguieron cortándoles el paso hasta llegar a abrazar a su Manina, que estaba parada en el tejaván de la entrada, a un lado del toldito, con el pelo rizado, ojos brillosos, despiertos, nariz chata, toda llena de pecas

y lunares de colores. Era de manos y carácter fuerte, agresivo, controlador. Sabía crear dependencia, era la figura a la que rodea la familia, aborrecimiento y adhesión, despertaba sentimientos recónditos y contrapuestos. Su imagen oscilaba entre bruja y hechicera, entre gloria y quimera; algunos la respetaban, otros le tenían miedo, pero para Lilí y sus hermanos era su querida Manina, quien les daba café colado con leche recién ordeñada todos los días por las mañanas, con molletes y empanadas rellenas de dulce de piloncillo y calabaza. Se levantaba a las cinco para prender la leña en el horno de ladrillo, bien conservado en el patio de enfrente desde hacía más de treinta años. Amasaba grandes cantidades de harina de trigo y de maíz para empanadas, molletes y coricos. Un metate le permitía hacer el trabajo completo moliendo el piloncillo para rellenar las empanadas.

Entre otras cosas, se dedicaba a curar el empacho, levantar la mollera y sobar la tripa con aceite de oliva o de comer, o del que hubiera. Llegaban las personas a su casa buscándola porque habían tenido algún susto y, desde entonces, no pasaban bien el bocado o con graves síntomas, porque vomitaban todo cuanto se echaban a la boca.

Quitaba el empacho con pezuñas de vaca y otras hierbas raras que sólo ella sabía de dónde sacar, rezando el Padrenuestro, entre el humo de muñiga ponía a los niños, les daba de comer al final víbora de cascabel en polvo, que ella tostaba en el horno para después molerlo con la mano del metate.

Elaboraba queso panela, criaba cochis que mantenía atados al tamarindo de atrás, gallinas, y una que otra vaca; ya no le quedaban muchas reses, desde que Librado había muerto, ella no pudo hacerse cargo del ganado.

A Lalo, su único hijo, no le gustaba cuidar vacas, se dedicaba a sembrar las parcelas que le dejó su padre y le gustaba pescar, extraía del mar todo lo que se dejara: ostiones, jaibas, patas de mula, callos, lisas, mojarras, pargos y uno que otro chigüili, que arrojaba de nuevo al mar.

Toda esta magia que rodeaba a la abuela era, para Lidia, como un imán. Desde niña ella siempre quería estar con su abuela, ir a ordeñar las vacas al corral en la carreta jalada por mulas, beber leche fresca y comer las natas admirando el paisaje del río de agua salada que colindaba con las tierras de Camacari, nombre dado por los agricultores a esas parcelas. Se divertía dibujando de muchas formas el árbol de arrayanes en medio de las hectáreas de pastizales secos de su abuela.

Lilí fue feliz en esa casa, como siempre, a pesar de escuchar en la madrugada ruidos extraños. Eso no era raro, se oían esas cosas siempre, pero esta vez escuchó debajo de la cama que arrastraban cadenas, cerró los ojos y se cubrió con la cobija. Ella sabía que las leyendas contaban que dentro de la casa había un tesoro enterrado, muy grande, que nadie había sacado todavía.

A Eliana y Lucrecia la casa les despertaba cierto misticismo, con dobles puertas altas con aldabas, paredes de medio metro de ancho, postes de palofierro atravesando el techo y ventanas traspuestas con varillas que parecían las rejas de las claraboyas de una celda.

Lo primero que recordó Eliana fueron tres baúles metálicos enormes en la recámara de su abuela. En otros tiempos se usaban para viajar en carretas, cuando todavía no había carros motorizados. Seguramente en ellos conservaba sus libros de brujería, pó-cimas y herbajes que trabajaba a escondidas de todos durante la noche y que nunca había abierto hasta ese entonces, ni cuando le preguntaban qué tenía en ellos. Siempre contestaba que no podía decir, con lo que acrecentaba más su fama de hechicera. Nadie se atrevía a comprobarlo, pero todos a su alrededor lo creyeron siempre.

Pasaron los días comiendo tamarindos en la copa de los árboles, granadas y guamúchiles. Se bañaban con el agua fresca extraída de las profundidades de la noria, la sacaban con una bomba de agua que descargaba en la pileta. Se encaramaban en el enorme

árbol, caído horizontalmente frente a la casa durante el huracán Elisa cuando Eliana era una niña de cinco años. Aquel día, mientras todos estaban resguardados de la borrasca dentro de la casa, le pidió a su tata Librado salir al portal a ver cómo el aire derrumbaba el tamarindo. Don Librado le dijo que era peligroso, pero ella le contestó: "No te preocupes, tata, el aire corre enfrente de nosotros y el tamarindo se va a caer hacia allá, adonde va el aire".

Ésta fue una de sus muchas sorprendentes premoniciones que no hurtó, sino que heredó de la abuela. Justo cuando salieron se escuchó el estruendo seco de la raíz y vieron cómo las ramas trémulas del tronco de un metro de diámetro y veinte de alto iban cediendo al remolino de agua y aire, que las enredó y lo hizo desplomarse.

Al día siguiente, después de apaciguarse el huracán y amainar las aguas, vieron cómo quedaron pegadas al suelo las ramas, a tan sólo un metro de la casa. El tamarindo que después de varios años siguió dando frutos y reverdeciendo, formó uno de los lugares favoritos de Lili para jugar, para esconderse entre el mundo de hojas a platicar con su prima Galy de los enamorados de la escuela y de otras cosas de adolescentes. También para realizar sus esbozos cotidianos, los dibujos que la acompañarían siempre.

Terminaron las vacaciones. Olivia pensó que fue buena idea ir a visitar a su madre. Quince días después de la llegada emprendieron el camino de regreso, el 8 de abril de ese año. Los llevó el novio de la tía Mima en un camión parecido a una nevera andante, donde transportaban pescado y mariscos de la bahía de Topolobampo. Dentro de la caja, por una puerta pequeña en la parte posterior, metieron a Lili, Eliana, Lucrecia y a sus primas Galy y Yaya. La tapa superior la abrieron como si fuera una lata de atún a la mitad, les colocaron bancas para sentarse y emprendieron el camino. Lili y Galy no soportaron la curiosidad y el encierro, se pararon sobre uno de los banquitos para ir diciendo adiós a todos los pueblerinos que miraban en la orilla de los canales y en el camino de terracería. A la altura de San José de Ahome comenzaba

el asfalto. Galy decidió bajar porque sintió que el aire le encrespaba los ojos y las pestañas. Lilí giró en un movimiento repentino para bajar; en ese instante se escuchó el rugir del motor de un tráiler que iba en sentido contrario, frenando. Un silbido se oyó con el jalón fulminante del viento, seguido del estruendo de un cañón y una bala cayendo a tierra, sonando bofa y sin explotar, como si el polvo se levantara. No se distingue con los ojos enchilados, y te los tocas porque no sabes si ves o no; como cuando se regresa algo a su lugar por inercia, impulsado por un resorte. Así se cerró repentinamente la tapa a mitad del camino. En un instante todo se volvió penumbra. Eliana volvió la vista hacia arriba, sólo distinguió una rendija de luz, lejana y confusa. Creyó que era una pesadilla donde corría lentamente detrás de esa luz que parecía sofocarse. Extendió los brazos para alcanzar la rendija, que estaba sostenida por el pecho oprimido de Lilí, miraba sus manos abiertas por segundos que parecieron minutos... El tiempo se detuvo. Galy había sido golpeada con la tapa en la cabeza y lanzada fuertemente hacía el interior. Por unos instantes perdió el conocimiento; cuando despertó, alcanzó a reaccionar. Entre ella, Eliana y Lucrecia hicieron un esfuerzo sobrehumano para levantar con la cabeza la pesada lápida. Con un movimiento se impulsó después de poner sus pies en puntillas hasta que sintió un calambre que le desgarraba el músculo de la pantorrilla. Tocaron la tapa, obstruida; inerte, el cuerpo robusto de Lilí se hundió lacio, como una tela de seda que se extiende con el soplo del viento, la lleva, juega, y al final la recuesta mansamente en el pasto. Enseguida todo permaneció en absoluta oscuridad.

Sin reservas, con la cara alta, limpia de inocencia, buscó y encontró su destino: el accidente.

## 2. EL VIAJE FUE SU DESTINO

Era lo que les quedaba, la oscuridad que lo invadía todo, el mundo que mira sólo el vacío lleno de tinieblas. Aunque Galy decía que estaba bien, no era cierto. Lilí yacía en el piso húmedo sintiendo el frío de la indiferencia, creyendo que se trataba de una horrenda pesadilla, perseguida por el intenso miedo a lo que no se sabe si nos lleva a un camino sin fin, sin despertar, o a ver la luz de un momento a otro.

Apenas distinguió su cuerpo en la penumbra, su rostro parecía agotado por una lucha que no era física, por una batalla mental; se perdía en la pared fibrosa la mirada abatida, inconsciente. Las figuras apenas presentes. El olor a humedad penetraba sin una ráfaga de aire que se colara por las rendijas. Estuvo prensada durante unos minutos, suficientes para determinar el resto de su vida. Una infamia descrita por el sufrimiento. El viaje fue su destino.

Cuando sintió el golpe de ese pesado bulto de madera en su pecho, impulsado por el viento, perdió el conocimiento. Pasaron unos instantes, entreabrió los ojos, miró a su alrededor. Su vista nublada y la oscuridad le impedían darse cuenta de lo que sucedía. Percibió un sabor tibio, a hierro de la sangre ahogada en su garganta. Miró sus brazos caídos a los costados, no pudo sentir la piel pegada al piso ni mover los dedos de las manos. Sólo le llegaban a las sienes las punzadas del frío que le recorría la columna vertebral hasta el cuello, donde se volvía más intenso; la pesadez de su propio cuerpo convertido en un saco de plomo.

Escuchó a lo lejos un llanto incesante, el de su hermana Eliana y el de Yaya. Permanecieron en ese estado durante dos horas; les



pareció eterno. El transcurrir hasta la vejez y casi la muerte en los rostros, arrugados, deshechos entre las sombras, eso describió todo. ¿Sería la vida que alcanzó a Lilí a tan corta edad? Y su familia también la acompañaría en dicho camino... que parecía sólo de ella. Porque nadie está solo en este mundo, ni en la desdicha ni en la felicidad.

Yaya, su prima de seis años, muda, quieta, sentada en una banca arrinconada, observando sin entender lo que sucedía, sólo el reflejo de las sombras sobre las sombras, con un rictus de terror en el rostro, mientras los acontecimientos sobrepasan su capacidad de digerir; entender lo que sucedía era casi imposible.

Los torrentes te arrastran sin control, te llevan hasta el cauce resbaladizo, te sujetas a unas ramas y a otras, y tarde o temprano te llevan de nuevo por un tiempo, sin saber cuánto. Ésa es la vida de alguien como Lilí, un torbellino que gira alrededor de decenas de vidas y no pueden escapar de él.

Los intentos por alertar a los que iban en la cabina del conductor fueron en vano y las redilas se erigieron como murallas. La desesperación creció a medida que los kilómetros devoraban la paciencia. La banca de madera sirvió de arma para golpear la cabina y poder ser escuchadas en el exterior por alguien que pudiera ayudarlas antes de que se derrumbaran, antes de perder la noción del quién se es. Lilí no podía hablar, las palabras le brotaban como suspiros.

Galy y Eliana levantaron con la cabeza una y otra vez, la pesada tapadera de esa congeladora ambulante; por un lado sacaron la mano y parte del alma desesperada. Eliana quería estar en el lugar de su hermana, pero era inútil, todo lo que hicieran no cambiaría el suceso. Mientras lloraba, las lágrimas le recorrían el cuerpo como lava candente y llegaban hasta sus pies para volver a absorberse; así nunca terminaría de llorar. Sabía que algo malo estaba pasando, su percepción no se equivocaba. Desde entonces lo supo y despertó su conciencia clara al mundo para abrumarla

con una realidad pura, lejos de juegos y brincoteos infantiles: ahora tenía cuerpo, manos. Se observó hasta el último y recóndito lugar para no dejar de verse nunca más.

Los retumbos de la ciudad se escuchaban. Supieron que la agonia de ese trayecto terminaría pronto. Se detuvieron en la terminal de autobuses. El pasador de la aldaba de la puerta trasera, pequeña, de donde debían salir encorvadas, se abrió por fuera. Lo primero que escucharon Olivia, Lalo y el chofer, fueron gritos.

Después de este suceso, todo pasó lejano y confuso, nada pareció real, nadie se imaginó la trascendencia y lo que esto significaría para Lilí: su inmovilidad para siempre. Parecía que nadie comprendía su sufrimiento.

Llegaron al hospital Agraz y no pudieron hacer nada por ella. Tal vez los médicos no estaban calificados para afrontar la tarea, pero la mandaron al hospital Fátima, donde sabían que tenían mejor tecnología.

La cara de Olivia dejó escapar un signo de extrañeza; siguieron incrédulos al hospital Fátima, donde la atendieron inmediatamente. Llamaron una camilla para bajar su cuerpo totalmente desguanzado. Lilí seguía en una ambigua alucinación. La luz le molestaba los ojos, no conseguía abrirlos, oía sonidos extraños, creía que eran personas que hablaban en otro idioma, con la lengua pesada, sin entender qué decían. Estaba cansada, se durmió pensando que tal vez era un sueño extraño.

Se perdió detrás de la puerta de cristal, entre los pasillos. Hombres de batas blancas, luces que se filtraban por la retina y llegaban hasta las sienas provocaban que el pequeño músculo de los párpados los cerrara. El olor de antisépticos salía por debajo de las puertas cerradas y lo impregnaba todo. Perplejos, los presentes se quedaron mudos, con la incertidumbre carcomiéndoles la razón. Olivia y Lalo se miraron uno a otro. Salieron en busca del vehículo que los dejó hacía unos momentos; el chofer, novio de su hermana, y la camioneta no estaban, no fue posible encontrarlo nunca más.

### 3. EL AGUAJITO RECIBE NUEVAMENTE A LA FAMILIA

Un tibio ventarrón corría por el camino que se extinguía en el canalito, incapaz de hacer olvidar la tristeza que traían a cuestras, acongojado gracias a la tarde que apenas caía mientras entraban a El Aguajito, los recibió de regreso en un día raramente largo y desesperanzador.

Era otro pueblo, que se antojaba vago, lejano, más que todo feo, porque en realidad era feo, lleno de casas ralas, peculiares, sin duda distintas: fachadas sin marquesina al frente, ilógico para un lugar inmerso en el calor, con el sol siempre cortando las paredes y al ras de las puertas; se justificaba sólo cuando tenían la ramada al frente, de palos cortados en los manglares del río y hojas de palma en el techo. Definitivamente, no era el mismo lugar del que salieron ese día por la mañana. Se apearon del camión; su mamá y cuatro hermanos, serios, cabizbajos, sin Lili. El terregal pegajoso les raspaba la cara, los ojos se les hacían tan chinos que casi no veían por donde iban. No se antojaba hablar; enmudecidos con la pesadumbre, daban un paso fatigado tratando de deshacer las piedras puntiagudas que calababan en el arco del pie, que se ladeaba en un vaivén doloroso. Con la vista fija, parecía que recordaban el día de su llegada. Los perros ladraban sin cesar, unos cerca, otros lejos contestaban a una conversación furiosa, parecían seguirlos y comunicarles que llevaban algo extraño a cuestras, pero nadie les hacía caso. Había una escuela y al pasar frente a ella se hacía una y griega, con las paredes descarapeladas, descoloridas, cubiertas por la sal blanquecina que llegaba con la brisa del mar al amanecer.

En la loma donde todos los caminos convergen, hasta el que le dicen el “riíto” por ser un río chiquito, estaba la escuela que acogería a tres de los hermanos durante varios meses después de ese día. Era muy pequeña comparada con la escuela en Culiacán que albergaba a cientos de niños más, tan vacía pero llena de voces, de ecos, de espantos, abandonada, lejos de tener niños, éstos parecían fantasmas.

Doña Hortensia, extrañada, sintió un soplo especial que se colaba y le recorría el cuerpo. Dejó su quehacer y volteó hacia la entrada. Vio desde la puerta los bultos que se acercaban. Preocupada, supo en ese momento que algo malo había pasado porque el viento a esas horas se escondía fatigado.

Olivia dejó a los hijos con su madre y se fue a buscar a Lidia al hospital. Ya no estaba, no la quiso atender el especialista. Después supieron que si la hubiera operado en el momento de la llegada, hubiera tenido mejor destino. Había sido trasladada al Seguro Social; el motivo era evidente. Lalo, con pantalón vaquero, gorra sudada, huaraches de suela de llanta, cara ceniza que dejaba ver las grietas marcadas por los años de vida en el campo, labrando la tierra a pulso, de manos callosas con las uñas mordisqueadas por los herrajes.

El médico encargado consideró que sería mejor llevarla a un lugar donde pudieran cubrir los gastos mínimos; en aquel hospital habrían tenido que sacrificar muchas cosas para pagar.

Esperó en la sala del hospital sin poder ver a su hija durante considerable tiempo, sola, con las ventanas y los pasillos que se volvían los mismos hacia donde dirigiera la mirada. El médico llegó, era el especialista que la atendía. Éste, con voz parsimoniosa, le dijo que raparían la cabeza a su hija. Lo único que pudo entender entre tantas palabras incomprensibles fue que requerían jalar la columna para tratar de enderezar las cervicales, estaban comprimidas. Sólo atinó a preguntar por qué le harían eso a su hija, por qué necesitaban taladrarle la cabeza. La conclusión fue que a

Lilí le quedaba poco tiempo de vida, tal vez una semana, un mes, no sabían con certeza. Olivia palideció, se sentó, la respiración se le tornó agitada. No creyó nada de lo que oía, era demasiado para un día. Pasaron por su mente muchas ideas, recordó por instantes el día anterior en casa de su mamá, todo era normal. ¿Por qué estaba pasando esto unas horas después? Recordó a su hija corriendo con los perros, con la vitalidad natural de una niña, jugando con sus primas. Esto era una pesadilla indudablemente. Alcanzó a ver al médico que continuaba parado frente a ella y sólo le pidió que la ayudara e hiciera lo necesario. El médico se alejó perdiéndose en el fondo. En ese instante recordó a Manuel, su marido. Tenía que avisarle lo que estaba pasando, tenía que mandarle un telegrama, pero en otro momento, ahora debía esperar. Deseaba despertar en cualquier momento y no volver a soñar jamás. Sólo sentía unas ganas inmensas de tener un hombro donde recargar el cuerpo cansado por los acontecimientos; quería llorar, pero sus ojos permanecían tiesos, lejanos, como si unos cristales le atravesaran los párpados. No pensaba, sólo caminaba mirando, se sentía abandonada, con una soledad profunda y el alma deshabitada, en ruinas.

Llegó al cuarto donde le dijeron que estaba su hija. Le temblaba la mano que levantó para deslizar la cortina, suavemente, sin querer perturbar con ningún ruido cualquier estado en el que se encontrara. Se miraba enferma, había perdido varios kilos desde que llegó al hospital, demacrada, sin un solo pelo en la cabeza. En el cráneo tenía incrustadas, a cada lado, dos puntas de un pesado armatoste de acero jalado desde un cabezal que pendía de la pared. Otros aditamentos tiraban de sus piernas, estirándola cuan larga era y aún más. Estaba inconsciente. Olivia tomó su mano flácida aún regordeta y la acarició por largo rato tratando de asimilar el suceso. Con ansias de identificar el resto de humanidad que era ahora su hija, se sentó a su lado y recargó su cabeza en la pared, agotada, sin aliento ni para un suspiro. Su hija estaba conectada a la vida a través del suero que pendía de una escarpia. Lilí logró

abrir los ojos y tener conciencia durante un instante, miró a su madre con los párpados entreabiertos, consumidos e intentó abrir los labios grisáceos para hablar, pero estaba tan débil que no emitió sonido alguno. Sintió que la vida no podía con ella, hizo un gran esfuerzo, pero su cuerpo permaneció inmóvil, al igual que sus labios. Cerró los ojos para caer en un profundo sueño lleno de delirios y visiones confusas, emanados de la anestesia y de no poder interpretar la realidad que la circundaba. Sólo escuchó por unos instantes, perdiéndose en el espacio, las palabras lejanas de su madre que le decía que todo estaba bien.

Doña Hortensia llegó al siguiente día. Cuando miró a su nieta, cambió el semblante. Se vio cómo se le marcaba cada una de las arrugas, se le volvieron sombrías, y en sus ojos asomaron unas lágrimas incrédulas y espaciadas. Se abrazaron madre e hija sin alcanzar a comprender aún la monstruosidad de la muerte tan cercana.

Ella despertó por un instante. Los ecos de voces y cuchicheos la hicieron regresar del letargo: “Una luz exacerbada destella a mi alrededor, parece una nube espesa, un espacio vacío donde floto, todo es suave y ligero, estoy suspendida, ondas de colores me rodean, emanan de mí, como si me siguieran sombras grises, blanquecinas. Todo es paz, ya no siento el frío que me recorría los huesos de la espalda con ese intenso dolor hasta la nuca que trataba de reventar mis sienes. No sé dónde estoy, pero gracias, no me preocupa nada”.

#### 4. LIDIA SIGUE CON VIDA (en el hospital de Culiacán)

Un mes después, los médicos lograron estabilizarla; apenas comenzó a recobrar la conciencia a punto de ser transportada a Culiacán. Al llegar, la esperaban en el aeropuerto su padre Manuel, cuyo semblante era difícil de describir, y Eliana, quien no tuvo palabras para recibirla, sólo el llanto, que pareció suspendido desde el día del accidente, brotó a borbotones. No supo si por el miedo de ver a su hermana transformada en algo que no reconocía, o por angustia inconsciente. Parecía alucinación; las sábanas blancas que la envolvían, sus ropas níveas, el mediodía claro, el sol intenso, todo tan solemne. Y el rostro tan blanco como la espuma, con la cabeza lisa y lustrosa, con una delgadez que la hacía parecer un saltamontes con los brazos y piernas secos, cargando un cuerpo que no conseguía sostener, ya que no era un insecto y no tenía esa condición que sólo ellos poseen para su defensa. Había perdido la cualidad innata del ser humano para protegerse físicamente de su entorno, del tiempo, de la realidad y la naturaleza. Salió para siempre de una vida normal, de lo cotidiano de los hombres y mujeres que día a día, de por sí, eran extraños unos a otros.

Ahora ella iba a ser perpetuamente la particularidad de una regla, la distracción y abstracción a su paso en este mundo lleno de normalidades y sin cabida a lo diferente, en una sociedad que la observaría. Misión imposible cuando no hay excepciones a las convenciones sociales en épocas de retraso significativo en este país, sin leyes de inclusión social.

Nada fue diseñado aún para el ser que no está completo en todos los sentidos, sólo hay compasión o lástima, como si esa respuesta fuera necesaria para ser feliz en su mundo confinado.

No había esperanza en su futuro, ser una carga era su destino ante los ojos de los que estaban alrededor; un castigo divino que estaban pagando los padres, a quienes les repitieron constantemente que los culpables eran ellos y que su hija estaba pagando también sus pecados.

Algunos lanzaron una y otra vez esta afirmación contundente, patética, que los puso en la silla eléctrica para ser ejecutados de un momento a otro; la sentencia había sido pronunciada, sólo podrían revocarla si asumían suficiente dolor para sanar sus culpas y cerrar las escaras que se abrieron con esa enorme grieta en el camino de la vida.

Lo cierto es que todo se sentía como una maldición; lo indudable también es que nunca se sabe de quién es la culpa que castiga enfurecida. Sólo les quedaba caminar juntos a paso lento, pesado, arrastrando el miedo, la desolación, el tropiezo, la impotencia y la miseria económica que les traería por largo tiempo esta desdicha.

Todavía para esta época reciente del suceso, todos creían ciegamente que Lidia recuperaría los movimientos físicos; incluso ella, porque siempre le dijeron que lo lograría.

Los charlatanes que visitaron, recomendados por alguna vecina o pariente, fueron muchos, con la promesa de que volvería a caminar. Le decían “con estas hierbas, con estos masajes terapéuticos ella volverá a andar”, y le pedían dinero que su madre buscaba a toda costa, pensando que, de un momento a otro, pasaría el milagro, e incluso su tío, el capitán, logró que la internaran en el Hospital Médico Militar de la ciudad de México, donde estuvieron a punto de intervenirla quirúrgicamente, pero a última hora decidieron que no tenían los recursos necesarios —en avances científicos y conocimientos médicos— y quedó en un “se hizo todo lo posible, pero ella puede quedar en la cirugía”. Regresaron a casa con sólo una esperanza menos.



El tiempo aminoró su marcha para resquebrajar por momentos la fortaleza que habían encontrado al paso de la adversidad. De lo más recóndito de la postrimería humana, resaltó como un vago soplo que invadió el cuerpo insensible de toda la cólera extraída de la desmoralización; el carácter de Lilí se volvió agrio e insoportable para todos, y más para doña Olivia, quien quedaba sin aliento cada vez que tropezaba con una respuesta negativa de Lilí a todo lo que le ofrecía. Pero tenía que respirar, profundamente, aletargadamente y sin descansar, día y noche, cargando con el cuerpo físico de su hija que comenzaba a llenarse de llagas profundas e infecciosas debido a la falta de movimiento muscular. Su sangre se estancaba en la espalda, glúteos y donde los huesos que se anunciaban débiles clavaban filosos la piel dañada por el transcurrir de los meses. Toda la noche tenía que cambiar de un lado a otro el cuerpo insensible de Lilí; Olivia balbuceaba su desgracia en silencio. Y, por supuesto, al ser la mayor, ya que Lidia tenía entonces catorce años, Olivia debía dirigir las rutinas de la casa. Faltaban cuatro hermanos más que requerían indudablemente su presencia.

También Manuel necesitaba que su esposa volviera a ser su mano derecha en las ventas, que lo acompañara a trabajar a los campos cañeros y tomateros, que le ayudara a preparar las cremas y perfumes que vendían en abonos en los galrones de lámina de acero, retacados de gente sureña que se presentaba en las temporadas de cosecha y que los parcelarios requerían para trabajar en el labrantío.

Eran jornaleros que viajaban por todo el país recorriendo el campo mexicano, donde los patronos les ofrecían un lugar para estar mientras se terminaba la jornada.

Manuel les vendía hasta que se retiraban a otra parte del país; ella ya no podría más ayudarlo, tal vez por ahora, mientras organizaba su nueva supervivencia y los demás hijos crecían para ayudarla en ese peregrinaje sin fin, donde a veces caminaba con los pies lacerados y otras muchas, hasta de rodillas proseguía.

Las fuerzas no fueron suficientes y, una tarde, Olivia se desvaneció sutilmente. El cansancio la venció obligándola a recuperar las fuerzas; la dejó postrada durante una semana en cama. Eliana trató de moverla, pero Olivia no despertó. Le dijo a Lili: “Voy a buscar a mi nana Agustina, ahorita regreso, pa’ decirle que no despierta mi amá”.

Doña Agustina era quien cuidaba afectuosamente a los hijos de Olivia cuando ella se iba a trabajar. Mujer bajita, morena, de cara redonda como luna llena, cabellos lacios, negros, con una protuberancia en la espalda que parecía una joroba, con rasgos sureños. Su casa de dos habitaciones, hecha de ladrillo sin enjarrar, hasta atrás, junto al arroyo, tenía una fortaleza de piedras que le ayudaba a retener el agua cuando saltaba estrepitosamente, amenazando con inundar las casas de la calle 15. Todas tenían en el patio de atrás el sombrío riachuelo, que permanecía siempre seco hasta los meses de lluvia. Al mismo tiempo, las piedras grandes que arrastraba el arroyo le servían de hornilla para cocinar, nunca se le vio guisar en la estufa de gas. Corrió —de piernas cortas y pasos ligeros— para ver qué pasaba. Olivia siguió sin despertar de un sueño profundo. Entonces, apresurada acudió a la casa de doña Reina, quien vivía enfrente, para pedirle que la ayudara a levantarla. Las rodillas estaban marcadas con el concreto áspero después de tantas horas hincada en el piso improvisado. La subieron a la cama; quedaba justo detrás de la cabecera de Lili. Un colchón hundido en partes, con resortes que calababan la funda alomada y una colcha de holanes que no se zambullía desde hacía días con el cuerpo de Olivia, la recibió acogiéndola ferozmente, como si la quisiera engullir en un capullo para aletargarla por una semana y que luego renaciera con briosas y sedosas alas fuertes, con nuevas defensas para enfrentar un mundo distinto de retos inexplorados.

Alguien dijo: “Traigan una cebolla morada y aceite de comer para que despierte”. Doña Agustina corrió a la cocina buscando los ingredientes. Partieron la cebolla en círculos y le llenaron el

estómago de aceite y rodajas que parecían espirales, para chuparle los espíritus enfermos que se habían alojado en el cuerpo. La gente comenzó a arremolinarse afuera de la casa. Algunos más osados, se creyeron con confianza para entrar matando la curiosidad de saber qué estaba pasando. Entonces la gente decía:

—Parece que alguien se murió —murmuró una insolente vecina. Eliana, furibunda, contestó:

—¡Aquí nadie se ha muerto!, váyanse de mi casa, viejas metiches.

El carácter de Eliana era categórico desde chiquilla; tendría entonces once años.

Mientras, Lili estaba a la expectativa. ¿Qué más podría pasar? ¿Qué su madre muriese?, ¿qué iban a hacer ella y sus hermanos? Fueron días en que Olivia vagó entre sueños, perdida en el desahogo que nunca pudo externar derramando lágrimas o demostrando un poco de angustia. Tal vez huía de una pesadilla que borraba de su mente y sólo quedaría la angustia al momento justo después de despertar.

Toda una semana le llovieron remedios de todo tipo. No despertó con alcoholes ni matanene que le asestaron en los conductos nasales tratando de estimular su cerebro, ni con la embadurnada de pomada de las siete flores, ni con miles de tés y menjurjes extraños inventados por algún yerbero, ni aun con la postrimera opción: el médico que tenía un consultorio por la calle 18, la última de la colonia Díaz Ordaz, la última de la ciudad. En aquellos años llenos de violencia, balaceras y ejecuciones, las ametralladoras que no dejaban de zumbiar toda la noche, desde antes, se habían convertido en una melodía sedante que arrullaba a los habitantes de aquel caserío, que parecía pocilga, y ni el auto que se estrelló con el poste en la esquina, después de una persecución y muchos disparos, que parecieron atravesar las débiles paredes de la casa, lograron despertarla.

Por fin un día, sin más, después de que los espíritus hambrientos se alimentaron del cochambre acumulado de la desdicha, llegaron

a la esencia pura y lúcida de Olivia y despertó sin la carga acumulada de angustia y tensión. Había liberado de una manera digna el abatimiento.

## 5. LA CASA DEL ARROYO QUE LA VIO NACER

El arroyo crecía como tantas veces en el mes de julio, la lluvia se hacía intensa cada día y la casa siempre corría el riesgo de inundarse por lo menos veinte centímetros. Olivia siempre estaba atenta a mejorar la barda que ella misma construyó, poniéndole enjarre de cemento y piedras para que la corriente no siguiera tragándose la tierra que sostenía los pilares del último cuarto de lámina negra, hecho a mano limpia, al ras del cauce, además del baño ubicado junto a la ladera, a propósito para desaguar hacia el arroyo.

El baño estaba cubierto con telas descoloridas y viejas, con un bote agujereado en el medio, donde ponían la manguera para simular una regadera, el piso de ladrillos rojos, sueltos y, eso sí, muchos champús envasados en cualquier botella.

Los dos cuartos de la casa se fueron atiborrando de camas y roperos porque la familia iba creciendo. El cuarto de la esquina era oscuro, encerrado; el palo central de la pared que daba a la calle estaba vencido e inclinaba la casa hacia un solo lado; la puerta de entrada en su parte más baja tenía una canaleta para dirigir el agua de la lluvia; al fondo, había una ventana hecha con lámina de asbesto que se abría hacia arriba y se sostenía con una tabla, la vista eran el poste de luz de la esquina, donde daba vuelta el arroyo, dos limoneros, una lima y un mango corriente. El olor era a cítrico cada vez que abrían la ventana y entraba un poco de luz. Sobre ella estaba colgada una pintura de un paisaje realzado, que al fondo tenía una montaña en una noche oscura; a los lados, muchas hojas de una libreta incrustadas en clavos que había escogido Lilí de

todos los dibujos que hacía en sus cuadernos de la escuela; tenían más rostros de mujeres y paisajes que apuntes de cualquier materia.

En la pared permanecían por mucho tiempo, ya empolvados, junto al cuadro que regularmente se ladeaba, sólo de repente, como una travesura de alguien a quien le gustaba jugar, alguien invisible de tantos como había en esa casa; los niños eran testigos de todos los que atravesaban las paredes, figuras de plebes normales y otros como duendes, y aun así convivían con ellos, como si nada pasara.

Del otro lado estaba el patio, cercado con palos y ramas. Había allí tres matas de mango corriente, de los más dulces, dos de guayabas, varios limoneros y naranjitas muy asediadas por los vecinos, con sal y chile hacían agua la boca de cualquiera. Era el lugar preferido de todos para jugar; de Lidia cuando se tiraba de panza a comer frutas acompañada de su inseparable cuaderno de dibujos, para esbozar cualquier cosa que se le ocurría en el momento: el paisaje, las frutas, los niños y muchos rostros de mujeres hermosas. Comía frutas con el Pinto echado en su costado, era un perro amoroso, bonachón, que terminaría ciego en la vejez. También estaba la letrina en el rincón más escondido. A falta de drenaje en la zona, todos tenían escusados en la parte posterior del patio, rodeados de cartones, postes y fajillas de madera. En el límite del arroyuelo, hacia la calle, pusieron alambre de púas, pero sólo en lo alto, porque se corría el riesgo de que se atorara cuanta cosa arrastraba la corriente. Se traía de arriba del cerro todo lo que alcanzaba a su paso, se metía a las casas y bajaba lo que la gente dejaba mal acomodado, se miraban pasar muebles, juguetes, ramas de árboles y una que otra vez alguna persona temeraria, que osaba retarlo y terminaba perdiendo ante el caudal, que parecía manso, pero era muy engañoso.

Se acababan las lluvias y quedaba el agua estancada por días, hasta que se ponía espesa y comenzaba a oler a ramas rancias. Con una pala le buscaban salida hacia la calle, donde la absorbía la

tierra empedrada y seca por el tremendo calor de hasta 45° C. Todo se llenaba de moscos, moscas, alacranes güeros, ciempiés, tarántulas, entre otros muchos insectos.

Lilí solía jugar siempre en la orilla de la parte más alta, la que daba hacia la avenida Dos. Eso le costó una caída encima de las púas cuando tenía diez años. Trató de sujetarse y terminó con una herida muy profunda en el brazo derecho.

Corrieron con ella a la Cruz Roja para que la suturaran, herida que habría de dejarle para siempre una cicatriz de diez centímetros. Esto sucedió antes del accidente que la dejó sin caminar.

Fantaseaba con ser bailarina mientras hacia los dibujos de las mujeres que bailaban, cabalgaba en su corcel de niña cuando iba a la primaria, cuando jugaba en el recreo a la pilindrina, saltaba la cuerda, jugaba con sus Barbies, cuando regresaba caminado por la avenida Dos que bajaba desde la escuela primaria Guadalupe Victoria. Ésta se ubicaba en lo alto del cerro, junto a la iglesia de San Juan de los Lagos, donde después de salir de clases, tres veces por semana cantaba en el coro acompañando al padre Haro, quien sacaba juguetes de una bodega extraña ubicada en un sótano en el patio trasero de la iglesia; a veces había niñas buscándolos.

Con sus hermanos jugaba en la calle al bote robado, a doña Blanca, a la cebollita, a los quemados, y ella fantaseaba con su futuro extasiada de inocencia.

Eran tantas las memorias: Olivia y Manuel la dejaban a cargo de la casa y de sus hermanos; los cuidaba con mucho amor y paciencia, como querer atrapar chapulines por toda la casa, eran ya tres saltando para alinearlos, no lo lograba, escapaban corriendo a la calle, los perdía de vista por un rato.

Sólo recordaba. Después del accidente su única distracción era no perder de vista el arroyo cuando terminaba de llover. Con el cielo aún nublado, el tiempo refrescaba por la humedad. Su mirada se perdía al otro lado del huerto llovido, a donde ya no podría ir más,

de tierra enjabonada, lisa, brillante todavía, donde hacía unos meses se trepaba a los árboles de mango, el de guayabas frescas, pintaba y saltaba las pilindrinas, recogía vidrios rotos como piedras preciosas, y al descender el agua cruzaba con ella a los tobillos.

Ya no vería más a sus amigos de la secundaria, ni corretearía en el recreo, ni siquiera podría andar el camino hacia la escuela ni cruzar por el centro para recorrer los puestos y mirar los escaparates, ni comprarse alguna chuchería, ni ser independiente; algo que le encantaba de ser adolescente, la libertad que recientemente había descubierto, cuando su mente comenzaba a despertar al mundo con posibilidades infinitas, a descubrirse a sí misma, a ver a los niños que le gustaban, con sueños para el futuro, qué quería hacer cuando creciera. Iba a ser bailarina y pintora.

\*\*\*

Trataba de encontrar en la corriente de su memoria una manera de que se llevara la desesperación tatuada en el corazón, acostada en un catre de jarcia por horas, de un solo lado, al parecer sin mover una pestaña y sin respirar, al parecer sin pensar, sólo recordaba. De repente, salía de su abstracción y miraba pasar algo curioso: “¡Miren lo que va ahí, es una silla!” Y todos los niños sentados a su lado observaban el agua revuelta color chocolate, llena de ramas verdes que, emergiendo en un compás rítmico, llevado por las olas horizontales de la corriente en bajada, les cautivaban con embeleso.

Y se esforzaba por inmortalizar los momentos previos a que todo se iniciara. En el comienzo de ese viaje Lidia, quizá de manera inconsciente, ya sabía lo que iba a pasar. ¿Sería su karma? ¿Sería el destino? Pero las formas de su creación no se detuvieron, Lidia siguió pintando su recorrer por la vida con la boca.



## 6. EL VIAJE A SAN FRANCISCO Y EL RETORNO A EL AGUAJITO

Los primeros meses en cama, el viaje a la ciudad de México y la visita a muchos médicos y curanderos sin obtener resultados positivos no aminoraron en una pizca la esperanza de Olivia de ver caminar a su hija de nuevo. Todas las sugerencias y recomendaciones eran bien atendidas por ella; la llevaba a médicos y pueblos, sin descanso.

Un buen día, alguien le comentó sobre unos médicos extranjeros que atendían a personas inválidas en un pueblo escondido en la sierra de San Ignacio, Sinaloa, llamado Ajoya, donde habían instalado una clínica. Ahí recibían a enfermos como Lilí y era una posibilidad más que no podía dejar pasar. Reunió el dinero con mucho esfuerzo. Para ese momento los gastos eran muchos, y lo que ganaba Manuel no alcanzaba. Tuvo que recurrir a vender algunas posesiones y a pedir prestado para realizar el viaje, ya que significaba diez horas de trayecto en una camioneta pick up, porque forzosamente Lilí tenía que ir recostada. Su cuerpo no le permitía, por ningún motivo, incorporar la espalda para sentarse, seguramente perdería el conocimiento; tampoco soportaba los terribles dolores de cabeza cuando alguien trataba de que superara el problema levantándola bruscamente.

Por primera vez en casi dos años, pareció que la suerte les daba la mano, un destello de luz iluminaba el futuro de Lilí. Los norteamericanos provenientes del Shriners Hospital tenían un sanatorio de instalaciones rústicas escondido entre vegetación tupida, rodeado de caminos sinuosos y escarpados, montado en la ladera

de un barranco de treinta metros, que más se parecía a la guarida de un montañés que a un hospital.

Estaba acondicionado con caminos de madera y aditamentos hechos de manera natural, especiales para sillas de ruedas o discapacidades físicas, con gente peculiar que transitaba por ellos como autopistas, con un taller donde cada quien diseñaba la silla de ruedas para su necesidad, con la colaboración de los mismos discapacitados que se habían instalado en ese lugar para vivir sin representar una carga para nadie, donde había personas provenientes de varias partes del estado, de la sierra de Sinaloa y lugares circundantes.

Además del área de hospital, había también dormitorios y comedor. Olivia se quedó impactada de ver ese pequeño mundo tan bien organizado, esa comunidad tan familiarizada con un lugar tan recóndito e inverosímil. Nadie se lo podía imaginar.

Lilí fue recibida con los brazos abiertos. Le realizaron múltiples estudios para conocer su estado actual de salud y estuvo en el lugar quince días. Le dijeron que tenían que llevársela a Estados Unidos para ayudarla, que estuviera pendiente, porque les avisarían en un mes cuándo pasaban por ella a Culiacán, en un vehículo que llevaba a otros niños a San Francisco, California.

De nuevo surgieron las suspicacias en torno a ese acontecimiento: "Olivia, van a hacer experimentos con tu hija los gringos. ¡No dejes que se la lleven!"

Surgían diferentes opiniones al respecto: "¿Qué tal si no te la regresan y te dicen que murió? ¿Cómo la vas a dejar ir sola?"

Manuel no quería permitirle ir, tenía miedo por la ignorancia de no saber a dónde se llevaban a su hija, pero Olivia estaba decidida a hacer hasta lo imposible por ella.

Un día, sobre la carretera federal donde la esperaban, entregaron a su hija a un grupo de personas en una camioneta cargada de cuatro niños más con destino a Estados Unidos. Lilí iba sola, sin un pariente, con la zozobra de no saber si la verían de nuevo. Su

madre la confió a aquellos hombres y mujeres güeros que apenas hablaban español, pero a los que se les veía la voluntad de ayudarlas. Ella no podría hacer eso por su hija; fue uno de los momentos más difíciles de su vida, pero Olivia nunca titubeó.

Lilí estuvo llamando por teléfono desde su llegada a San Francisco, California. Les narró la aventura de su viaje por carretera durante varios días, cómo llegó a ese país tan bonito y el recibimiento tan maravilloso en el hospital Shriners. Ni en sueños había estado en un lugar tan lindo y con gente que los cuidaba con tanto amor, aunque las circunstancias no eran las mejores en su vida.

En las siguientes llamadas les contó que ya lograba sentarse, le estaban enseñando a hablar inglés, pues tenía que pedir las cosas en ese lenguaje que no conocía. Los paseaban cada semana y recorrían la ciudad de San Francisco y lugares cercanos, visitando fincas de los patrocinadores del hospital. Las sesiones de terapia psicológica que le concedían, también le habían hecho recobrar la alegría de vivir.

Recibieron una llamada de Lilí, entrañablemente triste. Le dijeron en ese hospital que no volvería a caminar, que no albergara esperanzas porque le haría daño. Todo ese tiempo ella había pensado sin duda alguna que volvería a ser la de antes; lloró todo el día y la noche, sola, lejos, sin sus hermanos y su mamá, porque no estaban para gritarles y golpearlos con los codos, para rumiar su ingrata suerte, ¡porque no podría nunca ser pintora ni bailarina!

Sus ilusiones, desde que se acordaba, eran ser bailarina, y ya no podría seguir dibujando porque no podía tomar un lápiz y hacer los rostros de mujeres que tanto le gustaban, ya no volvería a la secundaria, ya no, ya no, ya no...

Estaba sola, pensando en que los sueños no existían, en que el escenario se había reducido a una Lilí sujeta a la voluntad de los demás para subsistir. A sus catorce años el mundo se tornaba más agrio, fatídico, pesimista.

El tiempo transcurrió. Le hicieron fiesta al cumplir quince años, hizo muchos amigos de todo el mundo, adoró a las enfermeras que la obligaron a hablar inglés, la cubrieron de regalos, tantos, que no cabían en el avión de regreso, le operaron los dedos de las manos para que se mantuvieran derechos y no se le engarruñaran más con el tiempo.

Al cabo de seis meses la dieron de alta, estaba preparada para regresar. Olivia viajó por primera vez a Estados Unidos para recoger a Lilí y llevarla a casa. Estuvo quince días aprendiendo cómo atenderla y regresaron con una silla de ruedas eléctrica y otra manual, entre muchos aparatos y accesorios adaptados para hacerle la vida más práctica, cosas que sólo los gringos saben hacer a la perfección, adecuadas para personas con necesidades especiales, como lo hacen con las calles y accesos.

México de nuevo. No fue desagradable, pero sí frustrante. Una comparación sin fin: las condiciones de vida, la adaptabilidad para los menos afortunados. Los llamados “minusválidos” —palabra tremenda que, por el sólo hecho de ser pronunciada, causaba angustia—, eran injustamente tratados como personas improductivas y menos valiosas, relegados, desde los hospitales sin accesos, hasta la falta de transporte público que pudiera llevarlos, banquetas sin rampas, calles empedradas y llenas de tierra, no les permiten tener una vida digna y son vistos como entes raros, como atracción de circo.

Enfrentarse a esta vida restringida en todos los sentidos y ámbitos sociales le complicaba a Lilí adaptarse a su nueva condición. No le era posible conformarse, se sentía inútil en la cama instalada a la entrada de su humilde hogar.

Optó por vender dulces. Los colgaban en clavos de las vigas, en la pared frente a la puerta, y ella, alerta desde su lecho, con la mirada dominaba todo el panorama. Cada persona tenía que despacharse, cobrarse y darse la feria.

Eliana, a sus trece años, era la mensajera. Se iba sola al centro a comprar los dulces, regresaba cargada de bolsas llenas, surtidas, sudando, caminando muchas calles para llegar al camión, aguantando hasta la humilde morada.

La silla de ruedas eléctrica permaneció en un rincón durante muchos meses. Las sinuosas calles empedradas que no tenían final, los cerros empinados de desilusiones, áridos de esperanzas, y el arroyo hambriento e insaciable eran su celda. Una acera de diez casas llena de amigos a quienes visitar, aunque ya no para jugar, ni para bailar la coreografía de las canciones de Timbiriche, ahora todos se reunían a su alrededor para escuchar sus pláticas e historias. Lilí siempre fue —y ahora con más ahínco— una gran conversadora, simpática, amorosa y agradable.

Eliana, fiel a ella, siempre la llevaba en la silla de ruedas, empujándola lentamente, sorteando cada piedra y agujero que, despiadado, detenía las pequeñas ruedas del frente de la silla.

Iban a la casa de la Olga y la Piri, que tenía un gran escalón de concreto como banqueta en la entrada, y un árbol de pingüica en la puerta. Corrían a ayudar y se instalaban en el pórtico para pasar el rato; una casa extraña desde afuera.

Enseguida estaba la casa de Refugio y la Mariana. Lo primero que se veía desde la entrada, colgada en la pared, era una máscara de herrero atravesada por una sierra para cortar fierro, que por nada le costó la vida al Tommy, padre de ambas.

También iban a casa de la Nena, que tenía una reja grande al frente, siempre con perros. Nena salía a encerrarlos para que Lilí llegara hasta adentro; una casa bonita comparada con las demás. El Yofo, su esposo, tenía una maderería.

Iba con doña Tere, su madrina, y don Ramón; también con la Chachis, con doña Reyna enfrente, quien para entonces hacía tostadas; Cristina, Paulina, Laura y los demás vecinos que la quisieron siempre, la querían ver feliz.

Pero cuando estaba en su cama y tenía mucho tiempo para reflexionar, veía las paredes con sus bocetos viejos y añoraba dibujar, imaginaba sus manos plasmando las líneas que salían desde las fantasías del alma, y trazaba las figuras en su conciencia.

Después llevaron la silla de ruedas eléctrica a la casa de su tío Beto. Cuando tenía ganas se sentirse un poquito libre y correr por las calles con sus pies motorizados; la visitaba, la veía de vez en cuando. Porque el pavimento hasta la fecha no ha probado el sabor de la tierra de esa calle de infancia feliz.

Llegó diciembre de 1985. Los días sin salir de la rutina de la misma calle y las mismas casas, le aburrían y le dijo a su mamá que fueran a El Aguajito, lugar que amaba amargamente y que no podía dejar de añorar. Ahora lo vislumbraba desamparado de alegría. No había vuelto después del último día de vacaciones, cuando salió caminando con sus pies. Ahí también había amigos a quien visitar, y no podía terminar en un solo día; más calles empedradas y polvosas, más terreno por recorrer. Sólo que el camino de siempre ahora se tornaría más largo. Por el puente estrecho, con dos troncos de palmera, ya no era posible cruzar el dren, tenía que dar vuelta por el camino de los autos y las carretas. Después, cuando regresó, lo recorrió por semanas y meses, sólo eran como veinte calles y reconocía cada agujero, cada casa, cada perro que les ladraba a las ruedas de la silla, a la polvareda dejada por la carreta del altavoz jalada por mulas... A Culiacán ya no quiso regresar. Manuel se quedó esperándolos.

Su abuela fue feliz por unos meses, porque eran sus nietas "más finas", decía. Con el paso del tiempo comenzó el desafío real, pleitos entre los niños; el fastidio se hizo presente. Entonces Olivia decidió buscar un lugar para emigrar, dentro de ese mismo pueblo recóndito y casi olvidado, donde corrían rumores de que por las noches el nahual hacía de las suyas. Aparecía como un perro negro persiguiendo quedamente a alguien,

crecía lentamente hasta convertirse en un demonio de cuernos con una pata de gallo y otra de caballo hasta que lo alcanzaba y se lo comía.

Es de reconocer que era posible esa aparición en El Aguajito, porque, al caer la oscuridad, las calles se transformaban en tenebrosos engaños, negras noches que hacían ver cosas imaginarias.

Los espectros de los árboles danzaban con los zumbidos del viento, quietos como una montaña que no se movía aunque siguieras dando pasos, que te seguía y parecía dejarte pasmado hasta que pum, un pie en un hoyuelo. Entonces recordabas la lámpara de pilas que llevabas en la mano para alumbrar una línea delgada frente a ti, siempre con la sensación de que algo o alguien te seguía de cerca, acechándote con una mirada de rojos ojos diabólicos.

Sí, era fácil creer en eso, así como en el hombre sin cabeza que, montado en su caballo, se aparecía por los tules que brotaban del riíto, como le decían al río chiquito que parte en dos ese pueblo, ya menos olvidado ahora que antes.

¡Cuánta gente vio a ese hombre sin cabeza! También contaban de la mujer de blanco que salía siempre espantando a los osados que emergían, ya entrada la noche, de sus tejavanas, como le pasó a Leonardo, hijo de la tía Ney, que quedó petrificado con los ojos abiertos hasta las cuencas durante varias horas.

¿Cómo quedarse en ese lugar tan lleno de espectros acumulando los días oscuros que seguían a las noches sin fin. Díficiles tiempos se avistaban para Lilí, su mamá y sus hermanos.

Manuel se quedó en Culiacán siguiendo la rutina de su trabajo y esperando que volviera su familia, pero eso no ocurrió. En consecuencia, se desapareció por largos periodos. No se le veía mucho por El Aguajito. También desapareció su responsabilidad por la familia. Al no tenerla cerca, se le olvidaban los seis chamacos que tenía que mantener con la panza más o menos llena.

Olivia, con la venta de ropa por los campos pesqueros aledaños, tuvo que ver por sus hijos, todos pequeños. Dejaba a Lilí con su

hermana, la tía Mima, de profesión enfermera, se hacía cargo de todas las necesidades de Lili; conocía la mejor manera de cuidarla: con mucho amor.

En alguno de los viajes en que se ausentaba Olivia, Lili se enfrentaría de nuevo a la muerte. Su cuerpo indefenso contra las enfermedades más comunes le dio una dura lección, la gripa se convirtió en neumonía y la trasladaron al hospital más cercano, en Los Mochis.

Sin seguro social que la amparara, no quisieron recibirla. En la entrada, sobre una camilla, esperaba a punto del fallecimiento, hasta que la tía Mima los convenció de que les llevaría los documentos.

Cuando el médico fue a revisarla, se percató de que los latidos eran tan débiles que sólo atinó a gritar que le abrieran paso. Fue trasladada inmediatamente al piso de terapia intensiva, adonde van los que posiblemente ya no salgan, o lo hagan con los pies por delante.

Estuvo dos días luchando por vivir. Ella sabía hacerlo muy bien a esas alturas, cuando otros que había conocido en su misma situación, que por accidentes habían quedado cuadripléjicos, se dejaron morir sin más.

El médico les dijo que ya no tenía esperanzas, que no tenía fuerza en los pulmones, que debían “entubarla” y llamar a todos los parientes para darle el último adiós. La tía les dijo que no, que ella debía morir con dignidad. Y esperar a que eso ocurriera naturalmente era lo mejor. Una hora crítica y el desenlace fue contrario a lo que diagnosticaron. Algunos dirían que era su destino, pero otros pensaron que era muy fuerte, que no permitió a la muerte, a esa huesuda, llegar hasta su presencia; aún le quedaban paisajes por dibujar, innumerables colores por plasmar, incontables pinceladas para regocijarse y regocijar.

Cuando se hizo insoportable la convivencia con su madre, no le quedó opción a Olivia más que comprarle un solarcito a la Teli.



Los días de los tamarindos habían terminado para la familia; las granadas y el pan recién hecho por las mañanas en el horno de ladrillo ya no serían parte del nuevo paisaje. De un extremo al otro estaban ahora. La Manina con su café colado en la talega, mezclado con la leche recién ordeñada, estaban fuera de alcance. Había que dejar en paz la bomba del agua donde se bañaban a mediodía, los pollos frescos recién matados, los corucos que les caían en la espalda —eso sí era un consuelo—, las iguanas de los tamarindos; también el tronco atravesado ya era una ilusión. Era un alivio para ellos dejarlos sin la presencia de la familia, ya no serían uno con el rancho de la Manina, éste los había abortado después de tanto tiempo de acogerlos con entrañable calor. Ahora ya eran parte también —como todo lo que se vuelve costumbre— de una querencia, y deja entonces de ser lo esperado, lo rememorado, al creer que será para siempre.

El solar de la Teli, conocido por ese nombre pueblerino, medía cincuenta por cincuenta metros y tenía dos enormes árboles frondosos, hermosos, casi en el centro, y una palmera de dátiles con cinco troncos enormes emanados de una sola raíz que formaban en su centro una flor que se abría en él, para luego cerrarse en los extremos más altos. Ése fue por mucho tiempo el escondite perfecto de todos los juegos de Eliana y su prima Yaya, ambas de trece años de edad.

Olivia no tuvo para hacer más que un tejaván de postes y lámina negra, construido por ella en su totalidad, donde colocó las dos camas matrimoniales y una litera, un comedor, la estufa y el gabinete. El baño lo puso al fondo, junto a los arbustos de tomatitos y la cacaragua; el escusado, más al fondo aún. Hizo un hoyo de dos metros de profundidad y uno de circunferencia. No había ningún pozo para dar agua, tenían que pedir permiso a los vecinos para utilizar la bomba manual ubicada a trasmano y acarrear el agua en cubetas. ¡Pero qué terreno tan bonito! Jugaban los niños rodeados de tierra fresca, límpida, suave; de la mata de mango y el álamo,

enorme, jacarandoso, en cuyas ramas más altas siempre corría libre el viento; al toparse con las hojas, parecían soltarse ambos a carcajadas en un murmullo que se antojaba escuchar y quedarse a contemplar con la mente extasiada, y sentir el sol jugar con la mirada cuando, filtrándose por esas hojas en forma de espadas, les llegaban los destellos de luz hasta traspasar la piel y alojarse en el cuerpo, para tomarlo y encantarlo. Eran así los días de Lilí, y las noches de estrellas que jugaban con ella sentada en medio del infinito podía sentir, sin tocar, cómo se sumergía en la oscuridad y en el espacio sinfín que se la llevaba lentamente a vagar como un ave sin alas, sólo flotaba en el sempiterno cielo, sin ruidos; el canto de los grillos era su música ambiental.

La escasez comenzó a hacer su llegada. Olivia ya no podía con tanto. Buscaba desesperadamente de dónde obtener algo de ingresos. Las ganancias no eran suficientes y el respaldo de Manuel aparecía de vez en cuando. Cada semana, Eliana caminaba cinco kilómetros sobre el enmontado camino vecinal para llegar a Higuera de Zaragoza, a la oficina de telégrafos, y recoger el giro postal de su padre por escasos doscientos pesos que, tantas veces ni siquiera había llegado.

Ya no alcanzaba para que ella y Lucrecia se trasladaran a la secundaria a la Villa de Ahome, pero hacían esfuerzos para lograrlo. Consumían generalmente camarones, almejas y pescado que les llevaban los amigos o que adquirían a bajo precio porque la naturaleza les proveía de estos manjares; las semillas, frutas y verduras las recolectaban en los sembradíos; leche y pan. Eliana, en algunas ocasiones, partió a las cinco de la mañana para la pisca de tomate. Muy fuerte corporalmente, ni el sol de mediodía la espantaba. Lilí continuaba su vida con sus amistades, quienes la apreciaban sobremanera; cada vez era más sociable y agradable a las personas.

Un agraciado día, por circunstancias afortunadas, tal vez más sensible que de costumbre, Lilí despertó inspirada. Tenía ganas de

recorrer los trazos que recordaba eternamente sobre los rostros, líneas de dibujos que la hacían ensoñar y relajarse, olvidarse de todo por instantes, algo que siempre hacía antes del accidente con singular habilidad, que recordaba haber hecho desde siempre, sólo que esta vez sus manos ya no le respondían para hilvanar. En los dedos había que incrustar el lápiz; sin fuerza para maniobrarlo, no era posible seguir ninguna línea ni un rasgo. Se le resbaló como agua entre las piedras y lo tomó entonces con la boca. Decidió bosquejar de esa manera. El “don” del arte estaba en lo más profundo de su conciencia, necesitaba salir y manifestarse de alguna forma, cualquiera que ésta fuera.

Había comenzado de nuevo, sus bríos resplandecieron. Intentó retratos a lápiz que, al principio, se veían como bocetos planos, pero que al cabo de poco tiempo adquirieron forma, expresiones, obtuvieron vida. Algunos, por curiosidad, le permitían experimentar con sus rostros. Fue maravillando a los vecinos del pueblo. Era una novedad, un fenómeno. Ahora las visitas a las casas de los amigos, a las casas aguajiteñas con matas de mango, con enramadas y tolditos enjarrados de barrial mezclado con estiércol de vaca, pintados como frescos, tenían otro sentido. Había novedad en la conversación. Lilí siempre traía consigo una libreta de dibujo y varios lápices para cautivarlos con sus labios.

En la casa de la Manina vivía entonces Raúl, el novio de la tía Mima, proveniente de la ciudad. Le pareció un caso extraordinario el talento de Lilí y comenzó a difundir la noticia de su habilidad en Los Mochis. Prontamente procuraron entrevistarla en los medios y había que pensar en dejar atrás la vida campirana, armoniosa, pero llena de limitaciones y carencias. Esa vida no era para la familia, la ciudad siempre fue el atractivo porque muy pronto se acababan las actividades de un pueblo que puedes recorrer de visita en sólo dos días: los mismos amigos, las mismas horas, las rutinas interminables, las polvaredas arremolinadas, las matas de mango y de ciruelas repletas cayéndose de maduras, los asombrosos

inventos y chismes de los vecinos que tenían mucho tiempo para perder, las miradas curiosas de los viejitos sentados en la huerta todo el día con el pie cruzado. Los acontecimientos que ahora habían abandonado, en aquel caserío desguarnecido, lejos de crecer parecía hacerse más pequeño cada vez. Algunos se huían y formaban familias, otros morían, y seguían siendo los mismos cada fin de año, cuando se reunían para comer guajolote y tamales.

Trasladarse a Los Mochis era la oportunidad de alejarse del rancho que parecía perdido al final del horizonte, donde concluyen los pasos de los pescadores para volverse canoas diminutas; donde comienzan los laberintos de los esteros y manglares enlazados después de hacerse a la mar a las tres de la mañana, con la penumbra ciega y casi sorda, envuelta en el chapotear de algún pez osado frente a la proa, el sonido adusto de las almejas al cerrarse inesperadamente cuando sienten la agitación de la marejada producida por el avance de los marineros correosos, trasnochados detrás del sol de la alborada, aventando la tarraya, tirando el chinchorro. El Aguajito quedó atrás, el de calles oscuras sin apenas faroles que alumbraran, de nahuales y mujeres de blanco que iluminaran el miedo y la desolación a las doce de la madrugada, del riíto de tules con el hombre sin cabeza montado, el palo de palma atravesado, la loca encerrada en el tejaván, el bosque de álamos y plátanos donde se aparecían las gemelas ahogadas, la sal pegada al cuello, el agua helada, cristalina de los veneros que corrían a dos metros de profundidad, acogida en los cántaros de barro que le daban sabor a tierra mojada.

Todo quedo atrás, sin memoria que quisiera recordarlo, aunque son cosas que no se olvidan de plano.

Después de año y medio en resistencia, la Manina era la misma al verlos irse. Arreando a las gallinas al mismo tiempo que miraba a lo lejos, parecía sentir extrañeza, aunque con ella nadie sabe. Los vería cada vez que la necesitaran. A lo mejor también respirarían mejor sin ella por un enorme lapso de tiempo. La comunicación se

había contaminado en el aire que cruzaba desde su casa por el río y llegaba hasta las tejavanas de Olivia, hasta se pensaría que había una pizca de odio en las miradas, en los recelos del rabillo del ojo de la Manina, como si echara un embrujo de malas intenciones. Eso pareció, pero no fue así. Sólo se necesitaba despellejarse de la costra del hastío para respirar oxígeno puro y descansar de todos.

Olvidarse del primer amor platónico en ese lugar representaba para Lilí una prueba difícil. Aquel rostro moreno de líneas armonizadas, ojos sensibles que la observaron muchas tardes después de salir de la preparatoria, tan profundamente, con pocas palabras. No hubo más expresión de ningún otro modo que esas extrañas miradas, no fue posible algo más. Faltó tiempo para dejar olvidada la timidez de la adolescencia y el miedo de ambos al rechazo o a la experiencia del primer amor. Quedó suspendido el primer beso, hasta que se hizo tarde para probarlo, pero llevaba un bosquejo entre sus pertenencias más apreciadas, y en su sentir, la nostalgia de dejar a quien llenara sus días de ilusión.

## 7. EL VIAJE A LOS MOCHIS, SU VERDADERO HOGAR

Olivia y sus hijos estaban de nuevo en la ciudad, no muy grande pero urbe al fin: Los Mochis. Y todo para que conocieran a Lilí. No fueron en muy buenas condiciones; llevaron a la familia a vivir a un hotel durante tres meses.

Después de algunas entrevistas en los periódicos y en la radio, la pesadumbre invadió a Olivia. Estaba sola con sus hijos, como lo había estado mucho tiempo recientemente. Terminaron sin dinero para pagar el hotel; era agosto de 1987.

Pero el paso ya estaba dado y no había marcha atrás ni arrepentimiento.

Después de los acontecimientos importantes de la novedad de Lilí como artista “minusválida”, la realidad que enfrentaron fue dura. Hubo que rentar una casa para vivir y sufrir de nuevo la escasez.

Los hijos de Olivia estaban pequeños: Lilí de diecisiete años, Eliana de quince, Lucrecia de trece, Tony de diez, Paty de siete, Yuri de tres años; para entonces todavía no había nacido Zulema, quien vendría al mundo un año después, la última procreación de Manuel y Olivia. A sus treinta y ocho años todavía podía parir hijos fuertes y sanos, como todos los demás.

Las escuelas, los gastos y las escasas visitas de Manuel a su familia hicieron muy azarosa la vida en Los Mochis, al principio en la colonia 75, casi esquina con los sembradíos de flor de campasúchil y el canal de riego, en una casa bonita, sólo que la renta se comía mucho de lo que los niños no alcanzaban, algunas veces mejor comían que pagar la renta.

Eliana se inscribió en la preparatoria, ya tenía quince años que pasaron sin pena ni gloria. Había que trabajar los fines de semana. Al llegar el viernes, se iba a alcanzar a su mamá al Jitzamuri, un campo pesquero donde sacaban camarón. Ahí estaban viviendo algunos parientes que les daban asilo en los solares. Todo el campo era dunas de arena que apresaban los pies al caminar. Debajo del azul oscuro del cielo tendían unos catres. Así vivían todos al aire libre, en las ramadas y uno que otro toldito. Ella iba a vender ropa y cosas en abonos. Se llevaba a Lilí, no podía dejarla sola, tampoco a sus hijos pequeños. Así transcurrió un año o dos; después era más difícil ir tan lejos.

Pero Lidia era quien se beneficiaba siempre de los paisajes que de tan bellos parecían etéreos. La arena le hacía un favor al contener las ruedas de la silla durante horas frente a la bahía, viendo el manso mar delante de los cerros. Sólo se encrespaba al saltar un pez presumido y al llegar las pangas a mediodía cargadas de camarones. Las gaviotas se arremolinaban esperando las cabezas de los crustáceos que eran arrojadas al agua por los pescadores y la gente que llegaba presurosa a ofrecer el trabajo breve de descabezar a cambio de unos puñados de camarones.

Se quedaba hasta terminar el dibujo, ensayando el arte que la perdía en tranquilidad, embriagándose del aroma del océano al atardecer, rodeada de amigos que se la llevaban a recorrer el puerto cada noche.

Pero en Los Mochis eran otras actividades, otra rutina. Eliana y Lilí optaron por ir a la Yarda, la central de abastos de Los Mochis, a comprar verduras y frutas por ser más baratas. Después, ahí mismo rifaban relojes o grabadoras, y con la ganancia compraban, además, queso, jamón, huevos y lo que podían para llevar a la casa. Lo más complicado era el traslado. No había camión urbano que quisiera subirlas. La mayoría de las ocasiones iban y volvían caminando o corriendo, con la arpilla de alimentos atravesada en las piernas de Lilí, con el solazo acompañándolas, abrazándolas,

dándoles su cobijo. Ya las conocía bastante, las quería a su manera, a veces de más, y ellas a su vez lo seguían siempre, más al atardecer, cuando él se dejaba acariciar y observar, ellas le daban luz al sol también, cada fin de semana, invariablemente.

Por esos tiempos se formó la Asociación de Minusválidos del Municipio de Ahome. Olivia escuchó en la radio sobre esto y sobre su dirigente, Cirilo Mena, a quien decidió ir a conocer al DIF municipal para decirle que su hija también necesitaba ayuda, quién sabe cómo, pero la necesitaba, estaba por demás solitaria.

Cirilo, un hombre muy creativo, ideó una forma de conseguir recursos. Debido a la silla de ruedas, casi todo estaba negado para ellos, excepto la venta de boletos de rifas. Comenzaron en los bulevares anchos de Los Mochis, sobre la calle, fue un gran acierto. No sólo les compraban los boletos de a diez pesos, sino que les daban también propinas. Pareció que el mal tiempo económico estaba mejorando y las carencias eran menos ahora. El recorrido para llegar al lugar de trabajo era el mismo, de un extremo a otro de la ciudad, corriendo o caminando durante dos horas, como cuando iban a la Yarda.

Ahora entraban a veces al cine. Era algo nuevo y relajante saber que podían ver una película de vez en cuando. No faltaron los inconvenientes, era una lucha sin final, y ése representaba el inicio de la cruenta batalla de la vida, porque continuaba sin pensar, impulsada por el deseo de cambiar todo, de mejorar. Lidia nunca pensó entonces en detenerse, se amó a sí misma, a sus hermanos, a su madre, no importaba lo que sucedía a su alrededor o con ella misma.

A sus cándidos dieciocho años, a pesar de la perseverancia, la asaltaban los demonios que brincaban de las sombras para persuadirla de claudicar de todo y perderse, la atormentaban haciéndola confesar que esa vida era demasiado, que se rindiera. Venían a su mente, recostada en la noche, veinte maneras de quitarse la vida, de dejar



de sufrir, pero la ironía era que estaba impedida para llevarlas a cabo. Por lo menos necesitaba levantarse del lecho para comenzar. Los esfuerzos los había dejado hacía mucho tiempo, el cuerpo no le respondía, se dormía agotada de pensar en cosas que no tenían solución.

Al día siguiente, retomaba la responsabilidad de guiar a sus hermanos para que hicieran sus rutinas y, a su vez, cumplía la propia. Eliana le revisaba la sonda, la sentaba, le daba desayuno, le estimulaba para hacer del baño, la bañaba, la cargaba de una silla a otra y a la cama para cambiarla. Y salían a trabajar de nuevo por la tarde. Olivia recién había parido a Zulema, su última hija, una nena llena de vida y energía, que siempre estaba bailando, moviéndose; saltando frente al espejo se volvía loca, era una luz nueva en el hogar. Se mudaban de casa en casa, rentando. Manuel rara vez iba a verlos, quién sabe dónde andaba.

Lilí quiso terminar la secundaria que había dejado inconclusa en segundo año, cuando sufrió el accidente. Cirilo le ayudó y alentó para ello.

Un día, a la edad de dieciocho años, Eliana se casó con él, a escondidas. Había huido para siempre, pensó Lilí, y se quedó ahora sustraída de la lealtad de su hermana, gracias al destino. Por sucesión, ahora su madre y la hermana siguiente cargarían el peso a solas sin Eliana. El porvenir era como siempre: obtuso. Quedaron su mamá y Lucrecia perplejas mirando sin pensar para no hablar, sabían ya tragarse el terrible sentir entristecido.

Eliana había decidido escabullirse suavemente, sin dar explicaciones, sólo le dijo a su madre que había contraído nupcias sin avisarle. Olivia abrió los ojos de tal manera que levantó la cabeza estirándose desde las venas de los brazos tozudos hasta los músculos del cráneo, aguantó el aliento que lleva a las palabras y escupió sólo un suspiro leve, anudado junto con la sangre que recorre cada vena y el dolor que ensancha y aumenta el corazón cuando se siente enaltecido de resignación. Ambas enmudecieron, Eliana agachó la

cabeza y su madre la observó con decepción. Estaba cansada de esa carga que tenía, la responsabilidad la hizo abandonar la lucha.

Meses después se casó por la iglesia. Ese día llovió y llovió tanto que hubo una de las más grandes inundaciones del "río fuerte", y cargó en su corriente con todos los ranchos y jacales cerca de la rivera e invadió las carreteras que llevan a todos los pueblos por la orilla del camino. Llegó a tan sólo seis kilómetros de El Aguajito, atravesando cincuenta kilómetros de caminos para llegar al mar, el río desesperado tomó el viejo cauce llevándose a más de uno en su cruji; persiguió al tío Lalo por el asfalto de la carretera de San José, con el agua a diez metros de distancia, corrió sin parar. La Manina se llevó a la cochi recién parida al cerro de San Lorenzo, la amarró de un mezquite y se sentó a esperar. Nadie llegó a la boda de Eliana y Cirilo; ese día no fue auspicioso.

Lilí tuvo siempre el sueño de terminar una carrera profesional. Creyó que lo podía hacer. Pasó en un solo examen lo que le restaba de secundaria, y le pidió ayuda al gobernador para estudiar la preparatoria, pero tenía que trasladarse a Culiacán cada semestre a recoger los libros que le tocaban, eso era el apoyo con que ella contaba.

Eliana, ya estaba estudiando en la universidad, trabajaba con Cirilo para salir adelante y ayudar a su familia, aunque fuera con la despensa, a veces dinero. Olivia ya había vendido todo lo que tenía, hasta los platos, para que a sus hijos por lo menos no les faltara una casa.

Pero aún les faltaba mucho por vivir a Lilí y sus hermanos. Fue en una de las visitas de Manuel. Olivia trabajaba y estaban las tres hijas solas en la casa. Manuel no supo cómo calmar su concupiscencia, y un día ellas no pudieron más. En confesión le pidieron a Lucrecia que ya no las dejara solas con su padre.

Al día siguiente fueron al Ministerio Público, con pormenores toda la información sin recelo fue descrita. Eliana fue a reconocerlo a los

separos de la Judicial del estado. Confundida entre el dolor y la rabia, no tuvo valor para mirarlo de frente, alcanzó a verlo en cuanto el filo de la pared se perdió para asomar el raballo del ojo, iba de un lado a otro, como un coyote apresado. Cuando sintió la presencia, volteó a donde ella estaba. Escondiéndose inmediatamente, regresó los pasos nerviosos, apresurados, tratando de salir de inmediato de esas paredes oscuras y mugrosas. A las once de la noche, por su mente pasaban mil imágenes que no deseaba recrear. Les confirmó que era él. Salió como si la conciencia la persiguiera.

Esa imagen perduraría en la memoria, el desconsuelo de verlo, no sabía si por él, por sus hermanas o por ella misma. Fue sentenciado a catorce años de prisión, aunque un año después salió en libertad ayudado por su hermano.

A Olivia se le ablandó el corazón, y una semana antes de la sentencia habló con el juez para que lo dejara libre, le pidió que fuera indulgente.

El juez mostró una mueca irónica cuando le hacía esa deshonorosa petición e hizo todo lo contrario: fue implacable.

## 8. MAMÁ SE FUE

Todo fue cada vez peor. Lucrecia buscó trabajo y dejó la escuela. La madre comenzó a frecuentar amistades no recomendables. La invitaban a bares y discos, ya no se le veía por la casa, algunos días no llegaba a dormir. Las dos hermanas se turnaban para cuidar a los pequeños, hasta que un día no regresó más. Decidieron ir a buscarla, preguntaron aquí y allá, supieron finalmente dónde localizarla. Después de varios meses de esa vida, se fue a vivir con Rosalía, una señora cinco años menor que, según ella, la había rescatado de la mala vida en que se encontraba.

Lilí no podía soportar la vergüenza y el desaliento. Ahora sí estaban solas ella y sus cinco hermanos. Pensó que no podía haber más tragedia en el mundo que la suya, pero aún así siguió adelante. Cuando Olivia iba a ver a sus hijos, Lilí les prohibía que le hablaran a su madre porque era una mala influencia y así trataba de protegerlos. Después recapacitaría y fue a buscarla; la necesitaban indudablemente.

—¡Maldita vieja, deja a mi mamá en paz! ¡Amá, salga! ¡Estamos aquí afuera!, véngase con nosotros.

En repetidas ocasiones no se asomó, el miedo la paralizaba, o tal vez Rosalía no la quería compartir. Olivia había perdido la voluntad de vivir, el amor a sí misma y a su familia que tanto cuidó. La desgracia fue demasiada carga, no le permitía dar un solo paso. Optó por huir del dolor sin pensar en el sufrimiento de sus hijos, estaba cegada y así seguiría. Su cambio fue para siempre, todo se había roto. Deseaba volver a nacer en ese instante y borrar de su conciencia el daño de los acontecimientos.

Lilí trabajaba en lo que sus limitaciones le permitieron, para vender los boletos de las rifas, se llevaba a Paty. Tony, que cuidaba a las dos pequeñas, tenía más responsabilidades de las que podía concebir en su inteligencia. Lucrecia trabajaba también. Entonces, Lilí tomó una decisión, pensando que su madre recapacitaría y que sería echada por Rosalía. Mandó a Tony a ser cómplice de sus decisiones, quien recogió la ropa de Zulemita y de Yuri, la puso en una maleta y se llevó a las dos niñas consigo.

Cuando llegaron a casa de Rosalía, increparon a su madre para que saliera a recibirlas, le aventó las maletas y a las dos niñas junto a ellas, gritándole que ahí le dejaba a sus hijas.

Se fueron de nuevo, solas, abandonando a su suerte a las pequeñas. Sabían todos que a Rosalía no le importaban, sólo a la madre. Trataba de protegerla de lo que pensaba, equivocadamente, que le traía sufrimiento a Olivia. Pero Lilí hizo bien: si quería a la madre, tenía que querer a sus hijos; si no, que la dejara en libertad de irse. Con el tiempo Rosalía fue como una madre para ellas.

La desintegración familiar trastorna tanto a los hijos, que siempre buscan un escape hacia la felicidad, habitualmente irreal y efímero. Después de esto, Lucrecia se embarazó, les hizo ver que pronto serían más para seguir con la vida. Lilí continuó estudiando con esfuerzos. Entonces hizo algo que pensó que no funcionaría, porque no había derecho alguno que protegiera a una persona como ella. Solicitó apoyo al DIF y le ofrecieron recibos deducibles de impuestos para recoger donativos, que apenas le alcanzaban para pagar una combi que la trasladara. Así entró a la universidad a estudiar Psicología Social, a realizar uno de sus grandes sueños.

Cirilo y Eliana, en un viaje a Hermosillo, compraron un coche de procedencia extranjera para transportarla y llevarla a la universidad. Duró muy poco la emoción. Un día Hacienda se lo recogió argumentando que estaba fuera de la ley, nunca pudieron recuperarlo. No entendieron explicaciones. El automóvil era utilizado para transportar a una discapacitada a la universidad. Los obstáculos

siempre la perseguían, ni con un plantón fuera del palacio municipal y la amenaza de huelga de hambre de Cirilo, el director de Hacienda tuvo alguna consideración. Logró que lo escuchara el presidente municipal, quien le pidió que se retirara prometiendo darle otro vehículo. Tampoco eso sucedió y, debido a la presión, terminó por darle a Lilí un pie de casa con terreno. Su casa propia, sin servicios y sólo medio habitable, constaba de un cuarto grande de ladrillo sin enjarre, en una colonia nueva a orillas de la ciudad, rodeada de gente reacomodada, humilde y mal encarada, así que permaneció vacío por mucho tiempo.

Tony se “robó” a la Fabiola, como luego dicen, cuando la tierna edad de quince no permite madurar ni medir el destino que les presagiaba el futuro incierto. Él, con dieciséis años, se fue con ella a Juan José Ríos, a casa de unos tíos lejanos. Encontró trabajo pintando paredes, que como ocupación le sirvió de terapia. Olivia, preocupada y con la conciencia llena de frustración, se atrevió a reclamarlo a sus terruños cuando Fabiola ya contaba con seis meses de embarazo. Ése fue el pretexto para juntarse con ella, lo instaló en la casa todavía abandonada de Lilí. Eran momentos de mucho movimiento. Cada quien pretendió hacer su vida lo mejor que podía, aunque no lo lograban todavía. Lucrecia se fue con el novio, a quien por momentos pareció interesarle el futuro de ella y su hija, pero no fue así. Paty se fue a vivir con Eliana y Cirilo... Lilí se quedaba sola de nuevo, la abandonaban a pesar de tanto esfuerzo que realizaba. Su familia siempre era lo más importante y no lograba que fuera suficiente. Eran momentos en que la tristeza la recorría profundamente, sólo en esos duros instantes recordaba su condición física, su impotencia de sacar adelante a sus hermanos, de darles un mejor futuro, pero ni siquiera ella podía asegurárselo. El destino le dijo que no era tiempo de cambiar nada, todo seguiría su curso, y si las circunstancias la favorecían, algún día lograría sus sueños. La vida le había enseñado mucho en algunos años, supo que no podía cambiar los acontecimientos,

así como estaba segura de que las fuerzas nunca la abandonarían hasta el día en que muriese.

Se fue al pie de casa con el Tony y la Faby. Se iniciaba otro ciclo de vida, otros retos que, para muchos, serían imposibles en silla de ruedas. Sólo prosiguió sin pensar, sin cuestionar, sin maldecir, con la creencia plena en ella misma, pero sin la fe en Dios que todo lo vuelve posible.

Cuando el calor amainaba, volvían a irse de peregrinación por los pueblos del norte, ella, su mamá y el Tony con la Faby, su esposa, a vender boletos por las avenidas. Donde veían más tránsito, ahí se instalaban con un block de boletos foliados cada quien, a diez pesos cada uno, un bote donde echaban la morralla, una camisola de manga larga y una gorra para el sol. El frío impregnaba hasta los huesos en la frontera, la piel se rajaba, pero ellos no, era su único sustento, no había trabajo en otro lado, menos para Lidia.

En unos cuantos años habían barrido con las ciudades del norte, ya no les compraban como antes, no les hacían caso. Los autos pasaban volados por un lado aventándoles la polvareda, se instalaban en los topes, a ver si así se compadecían y les compraban algo; era un recorrer por ciudades que duraba meses.

Muchas veces, el fin de año lo pasaban en un cuarto de hotel o motel, dependiendo de la ciudad. Comían antojitos tradicionales, eso sí, mucha carne asada, tortillas de harina de trigo, de las "sobaqueras", típicas de Sonora, con deshebrada, frutas en almíbar, nueces, muchas naranjas en temporada, uvas y todo lo que encontraban camino a la chamba.

Como todo termina, con el transcurrir del tiempo ya no había negocio, eran más los gastos de la camioneta que la ganancia. Lilí tenía que buscar algo más. Además, el cuerpo se agotaba, rezongaba de esas jornadas tan largas, sentada, con espasmos en las piernas, con la bolsa llena de orina, ya no era para ella, debía quedarse en casa.

Olivia siguió con su mismo trabajo, ayudando a sus hijos, mandándoles dinero a Lili y a sus hijas, porque, eso sí, después recapitó, trabajó duro para resarcir el abandono a sus seres más queridos: sus hijos.

Era Semana Santa, llegaban a Mazatlán en pleno barullo. Era uno de los últimos viajes de Lili para trabajar en la venta de boletos con Cirilo, Eliana y los chuecos. Ahí andaba pegado a la comitiva Víctor, un joven con mielomeningocele, quien se haría su novio en ese viaje y durarían así muchos, muchos años. Era vegetariano y convirtió a Lili en ovolactovegetariana; él comenzó a influir en la vida de Lidia a partir de entonces.

Eliana consiguió empleo en la caseta de cobro del puente San Miguel; Cirilo tuvo que dedicarse a lo suyo, la reparación de aparatos eléctricos en su casa, pero los intensos calores lo estaban matando. Por buscar beneficios para la asociación de discapacitados, no cuidaba su cuerpo. Hacer trámites para conseguir patrocinios para los chuecos, así les decía él, absorbía toda su vida diaria: becas y cursos para integrarlos a la vida productiva, quitarlos de las limosnas y la miseria era labor titánica. El gobierno no hacía nada, las calles seguían sin rampas, los edificios públicos sin elevadores, el transporte público sin accesos, los estacionamientos imposibles, ni siquiera en los hospitales. Todo estaba permitido para los que caminaban en dos piernas, no en muletas, menos en cuatro ruedas. Quedaba en cama por largos periodos, con quemaduras en los pies hasta de segundo grado, con profundas escaras en las sentaderas. Se curaba solo muchas veces, con Isodine, un líquido desinfectante que le llevaba su hermana. Se ponía un pedazo de sábila y gasas. Eliana ya no estaba todo el día debido al trabajo.

Adquirieron un terreno en las afueras de Los Mochis, rodeados de un canal y grandes parcelas de siembra de flor de cempasúchil por detrás; por un lado, estaba el Ejido México, de casas con toldos y porches de palma, calles de barrial, árboles de guamuñchiles y uno



que otro guayabo, eso sí, lleno de mezquites. Cuando llovía, aquello se volvía un río lodoso, resbaloso, que sólo podía cruzarse con lancha, casi hasta llegar a la calle principal, que estaba asfaltada, retacada de baches, y rodeaba el ejido para salir de nuevo a la carretera de Ahome. Del otro lado estaba el camino cañero y, como su nombre lo indica, estaba rodeado de cañaverales. A lo lejos se miraban las humaredas cuando se quemaba la caña, luego las batangas cargadas, hasta cinco, tiradas por un tractor, iban sembrando trozos de caña carbonada por la orilla del campo. Cirilo iba diario a recoger las cañas quemadas, dulces, y de una mordida arrancaba una línea de la cáscara de punta a punta. Ese camino que llevaba desde los pueblos cañeros, pasaba por los galerones de lámina de fierro donde se hospedaban los cortadores de la caña con sus machetes, cruzaba por el dren Juárez, pasaba a un costado de la colonia Jaramillo —del otro lado estaba el Campo uno—, atravesaba la continuación del bulevar Río de las Cañas, el vivero y el parque Sinaloa, que antes fuera el jardín botánico de don Benjamín Francis Johnston, fundador de la ciudad en 1903 y quien llevó plantas de muchas partes del mundo y las sembró allí. Adelante estaba el Ingenio Azucarero de Los Mochis, que ahora quedaría ubicado a un costado del centro de la ciudad, rodeado de viviendas típicas de esos años, pero construidas al estilo americano, sobre el bulevar Rosendo G. Castro, al igual que el trazado de calles y callejones al estilo puramente gringo. Ahí vivían los funcionarios, directivos y dueños de aquel enorme armatoste de chimeneas y conductos gigantes que impregnaban “la ciudad de los vientos con olor a caña”. Se miraba la estela negra cubrir todo el centro, tapizar de hollín las calles, al igual que los sombreros norteños de la mayoría de los pueblerinos que pululaban diariamente por las avenidas de camellones repletos de palmeras, ficus y cactus que, la verdad, daban muy poca sombra y amainaban ligeramente el calor y el sopor que provocaba.

El camino cañero continuaba por el oriente también, pero surgían junto a él unas vías por las que salía el tren del Ingenio, se

juntaban luego con el canal que daba para la colonia de Lilí, y luego a las vías del ferrocarril nacional. Mucho más adelante, por el Campo 35, ahí se llevaban toda el azúcar ya procesada, quién sabe para dónde. Esas vías cruzaban hacia Estados Unidos y hacia el sur de la República mexicana.

## 9. UN PAISAJE INTERIOR DE LA UNIVERSIDAD A LA CASITA DE LOS MOCHIS

Tomó el pincel con los labios. Había colocado el bastidor en su mesa de dibujo, pequeña, incrustada en la silla, a la altura de su cara, apoyada en una especie de atril, inclinada para colocar el lápiz. A un lado de la mesa del comedor tenía las pinturas de óleo.

Sobre el dibujo a lápiz, las líneas finamente trazadas de la figura pequeña de una mujer sentada parecían descansar en ese breve espacio, envuelta en una frazada hasta la cintura, de espalda desnuda y hermosa cabellera. Sin color, aún podía apreciarse vagamente que se trataba de una mujer de piel tostada, cabellos relucientes, azabaches, en contacto con la madre tierra que parecía surgir como el tronco de un árbol surge de la raíz en la tierra. Frente a ella, un canasto de girasoles que cobraban vida, amarillos tiernos.

Ese solo dibujo le había llevado una semana. Ahora venía lo más difícil. Por primera vez se enfrentaba al reto, la emoción la invadía por no saber si estaba lista para darle vida a su dibujo, a aquella mujer que trajo siempre en su inspiración, a aquellos rostros que desde niña plasmaba, de ojos rasgados, expresivos, pómulos perfectos, labios suaves, carnosos, como mariposa que por primera vez sacudía sus alas al cortar el aire y ser libre.

Esos rostros se antojaban vitales en el dibujo al carbón, de expresiones impávidas, pero esta vez no había rostro. Lo cubrió el temor de ponerle el tono bronce. ¿Qué pasaría si perdía la vida

de las formas con los colores? Entonces lo decidió y el pincel le arrebató un color, lo mezcló hasta lograr la consistencia deseada y prosiguió toda la tarde. Los labios le palpitaban por aplicar más ímpetu del necesario, no sabía medir el esfuerzo para sostenerlo, el agua en el vaso era testigo, temblaba, tomaba otro, observaba en momentos ante la duda de si podría dibujar, matizar con colores sus anhelos.

En el último año de universidad, Alma, su amiga, le pidió siete pinturas. Siete cuadros sin decirle el destino que tendrían sus obras. Y accedió confiada. Las primeras pinturas, serían las pruebas de que su talento era indiscutible. Entonces le solicitó ayuda a una maestra en la universidad, quería darse confianza, aunque sabía que lo podría hacer.

Después, durante dos meses, diariamente se deshacía matizando, coloreando, cerraba los ojos e imaginaba las figuras femeninas, los rasgos, las tonalidades. En realidad, no era difícil. Extasiada continuó hasta concluir sus obras: un paisaje montañoso, un río profundo, árboles en la ribera, el cielo azul, un jinete cabalgando a lo lejos, al final un rostro mujeril, siempre. Las siete obras estaban listas. Las entregó a Alma, quien confió en su talento y le pidió estos cuadros por encargo. Recibiría la primera obra plástica de una gran artista.

Pintar era ya un objetivo claro, un oficio por el cual vivir y trascender su antigua forma de vida cotidiana. Su amor por el arte, por la pintura, ese don truncado por el destino que trató de arrancarle los sueños a fregadazos, pudo más su anhelo por el arte, tomaba las riendas de sus deseos. Las ansias la invadieron durante cuatro meses. Estuvo a la expectativa, a punto de claudicar en la espera.

Un hermoso día, claro como la esperanza, tomaba café invitada por Alma, quien recibió una llamada y le pasó el teléfono:

—Lilí, te llaman.

—¿A mí?

—Sí.

Una voz un tanto peculiar, de acento extranjero, la saludó.

Era John Grepe, el director en México de la Asociación de Pintores con la Boca y con los Pies. Recibió sus cuadros y le comunicó que ya era miembro de la asociación y que había sido becada de ahora en adelante.

El cuerpo completo de Lili pareció estremecerse, quedó muda y los labios quisieron externar una pregunta que su amiga Alma adivinó. Alma asintió con una mirada de ternura y una sonrisa de felicidad.

Sólo atinó a decir muchas gracias, mientras su cara resplandecía de felicidad y un nudo atorado en la garganta esperaba dispararse. Sus mejillas estaban enrojecidas por la emoción, levantó el brazo y recargó la frente en la mano sostenida por el hueso de la muñeca, parecía una tabla, pareja con los dedos arqueados. Los rizos cayeron para figurar una cortina que la cubría; esta vez las lágrimas eran de agradecimiento. Tomó las primeras clases de pintura en el Museo Regional del Valle del Fuerte, de 1997 a 1999.

Novcientos pesos al mes. Hacía tiempo que no trabajaba. El calor sofocante de los meses de verano apenas le permitía respirar. El “pepsilindro” con popote debía estar lleno de agua todo el tiempo, a cada momento se mojaba, los labios inferiores hacían de fuente hacia la coronilla y, cuando no le llegaba, pedía casi con desespero: “Échenme agua”, suspirando, ya que el cuerpo de Lidia no lograba regular su temperatura, como lo hacen naturalmente los cuerpos humanos; el termostato normal estaba atrofiado para siempre. El cooler de la sala no era suficiente para enfriar el cuerpo inválido, no alcanzaba a filtrar el aire fresco desprendido del aserrín mojado con la manguera que llegaba del grifo. Su cuerpo parecía tener frío y, sin embargo, su organismo por dentro estaba caliente, apático a las necesidades de ella. Por enésima vez, Lidia se quedaba sola. Tony se tuvo que ir a trabajar.

Lucrecia, al verla sola, la llevó con ella durante algunos meses. Después se separó del novio y se fueron al pie de casa, las dos y la recién nacida.

Comprar las medicinas y artículos necesarios para su especial sobrevivencia, comer, comprar pinturas para cumplir con el compromiso hecho con la asociación de hacer más cuadros, no era posible con sólo novecientos pesos; a veces, de aventón, el vecino la transportaba, a veces su hermana, a veces sin comer.

Con unos bloques de concreto, veinte sacos de cemento que le dio el presidente municipal, ladrillos de barro que le compró su amigo de la Yarda, dinero que le mandó su mamá desde la frontera —producto de vender boletos para las rifas de la asociación—, para la mano de obra, lograron construirle una habitación más y un cuarto de baño.

Lucrecia había fracasado en su intento de crear una familia. Con Marilyn en los brazos dejó de soñar con vivir en un hogar pleno. El Gabriel la había engañado todo el tiempo diciéndole que estaba solo, cuando en realidad tenía otra familia y una hija nacida al mismo tiempo que Marilyn. El mundo se hundió cuando no quiso ni siquiera ponerle el apellido que le correspondía de sangre; al fin y al cabo era un apellido muy ordinario, tal vez la niña tan hermosa como el cielo claro y profundo no merecía ese descrédito.

Llegó, como hermana amorosa y compañera de Lili, a vivir de nuevo la vida juntas, pero con otros sueños, con nuevas esperanzas. Eran felices. Vivían la candidez de la infancia, la plenitud de llevar a cabo lo que nos complementa como seres creadores y repletos de imágenes. Cada amanecer no alcanzaba para lograr materializarlas todas, porque cada noche surgían nuevas representaciones de lo que necesitaban sanar con versos de colores pintados con el amor reprimido, ofuscado con el mundo atónito que atrapa en la histeria pesarosa y engaña.

El árbol de mezquite al final de la calle, el camino lleno de hoyuelos, topes y zanjas, los corrales de cercos entablados, las vacas y los becerros flacos por la falta de pastizales, era el precio de la sequía cada año. Ya no había tierras de siembra de temporal. El olor a estiércol invadía el camino al borde del canal de riego polvoroso. Había que pasar “quemando llanta” para no llenarse de tierra, luego doblar en el álamo, o si no, seguir por el dren lleno de basura, apestoso. Gracias a los tules no se apreciaban bien las aguas negruzcas, no había muchas opciones para llegar a esa colonia donde Lidia ahora vivía. Pero era su casa, ya no pagaba más renta, ya no más el sufrimiento con el casero cada mes.

Con el paso de los años en esa zona fue creciendo más y más el caserío, pero ya no eran colonias de lotes vacíos. Eran fraccionamientos de casas urbanizadas por una constructora, de cochera y dos olivos negros en cada frente.

A Lilí nunca le preocupó estar sola ni le daban miedo los “cholos” raterillos que pasaban dejando una estela de olor a petate quemado, tenía muchas otras cosas de qué preocuparse. Estaba a finales de su carrera y realizó el servicio social profesional en el Centro Regional de Rehabilitación Integral de Los Mochis (CRRI) dando asesoría psicológica a personas con discapacidad motriz e intelectual.

Ella había concluido entre psicólogos su carrera. Sus compañeros decidieron darle su nombre a la generación: Lidia de Jesús Chaidez López, generación 93-97. Su carácter y ecuanimidad se acentuaban cada vez que había baches en el camino; era como si, en vez de achicoparse, le surgieran fuerzas por doquier; por cada obstáculo que brincaba, ella se forjaba una meta más fregona.

## 10. EL PROYECTO DE TRABAJO

No había apoyo para ellos, eso ha sido desde siempre. El diez por ciento de la población del municipio está discapacitada y no había ni hay oportunidades de trabajo para la mayoría, por eso era tan difícil sacar de las calles a los que pedían. Otros nunca salían a las calles, se quedaban enclaustrados en las casas por comodidad o por vergüenza de la familia. Muchos ya tenían familia: ¿cómo aportaban en sus casas la manutención? Todos con necesidades especiales de salud, alimentación, transporte, sin seguro médico; las gasas, material de curación, antibióticos, sillas de ruedas, hasta las sondas urinarias tenían altos precios, ¿cómo financiar estos excesivos gastos? Cada quien sobrevivía como la vida le permitía, no eran considerados como mano de obra útil, menos aún intelectual.

Se había recibido de psicóloga social, siempre se perfiló hacia eso. Es de tan buen corazón, humilde, sin ambición de la mala ni avaricia, que invariablemente se preocupa por los demás, como si la necesitaran a ella, como si los desvalidos fueran los otros. Muchos de los que la rodeaban, sus padres y hermanos, eran como los insectos atraídos por la luz, esa luz que daba confianza e irradiaba seguridad; se había vuelto la protectora, quien siempre tenía la solución a los problemas de todos, quien tenía las amistades más inverosímiles y variadas, en todos los puestos y profesiones, se había ganado la simpatía de mucha gente, de los niños. Su rostro inmutable, apacible, aprendió a escuchar, tal vez su situación la obligó a hacerlo; no era dueña de la voluntad de su cuerpo, para eso dependía de los demás, sólo para eso.



Habían pasado algunos acontecimientos importantes. Lucrecia se casó con Gerardo, se divorció, y al poco tiempo parió a Leonardo, quien ya tenía dos años. Eliana se fue de la ciudad a vivir a otro lado.

Corría el verano de 1999, el tiempo, como siempre, era extremo y obligaba a quedarse encerrado entre cuatro paredes, sin ganas de mover ni un hueso. Pasaban las horas y por la ventana se veía la calle vacía, la luz de aquel sol invasivo entraba deslumbrando y había que cerrar las cortinas para que el aire frío acondicionado no se entibiara.

Lidia estaba sentada con la mirada pelona y la vista perdida por instantes, con el lápiz en la boca, humedecido, despellejándole la pintura y escupiéndola por momentos; pensativa, tratando de aprovechar los minutos que marchaban lentamente. A diez centímetros de la tabla barnizada, el cuaderno abierto en una página en blanco esperaba el carbón del lápiz. Su brazo, enganchado de la manija derecha de la silla, sosteniéndola; sus piernas, temblando apenas de vez en cuando, con espasmos; el cilindro de agua entre sus piernas para refrescarse a cada rato. Su mente daba volteretas con la sola idea de emprender el proyecto. Esta vez no era comenzar un cuadro, no era de paletas y caballete; eso era fácil. Ahora se trataba de otra faceta de su vida: la profesional.

Sentado en la cama estaba Víctor, la sacó del sopor para recordarle en lo que estaban:

—Lilí, ¿en qué tanto piensas?

—En cómo comenzar. Este proyecto es importante para mí, tú lo sabes. Quiero hacerlo muy bien para que no lo rechacen. Es necesario para contribuir con algo para ayudar a muchos discapacitados.

—Sí, te entiendo. ¿Cómo comenzamos? Mejor yo escribo, te vas a cansar.

—Tienes razón, que te parece si...

Víctor era de pocas palabras. Había sabido entenderla en poco tiempo. Desde que se hicieron novios andaban juntos siempre.

En su gran proyecto ella describía con detalle las razones por las que el municipio necesitaba urgentemente un área de atención a discapacitados y grupos vulnerables. Propuso una coordinación de atención a personas con discapacidad, que citaba aspectos humanos. En la introducción escribió:

La discapacidad tiene una serie de desventajas individuales y sociales que limitan el ejercicio de los derechos humanos, el desarrollo del potencial humano y la igualdad de oportunidades sociales. Esta situación afecta el desarrollo de los individuos y el entorno familiar y comunitario al convertir a las personas con discapacidad en un grupo socialmente vulnerable.

Es por ello que se propone crear, dentro de la estructura administrativa del gobierno municipal, una Coordinación en la Dirección de Acción Social y un Programa Municipal de Atención a las Personas con Discapacidad, con la finalidad de facilitar acciones que permitan a esta población atender la solución de sus necesidades.

El objetivo: promover soluciones para las personas con discapacidad del municipio de Ahome que permitan el ejercicio de sus derechos humanos, el desarrollo del potencial individual y la equiparación de oportunidades sociales.

Las áreas de acción propuestas en este Programa eran muy básicas: registro de población, salud, educación, empleo, accesibilidad, transporte, arte, deporte, apoyo a instituciones y a personas con discapacidad.

Se lo presentó a la directora del DIF municipal, quien respetuosamente le agradeció el enorme trabajo que había realizado, y le dijo que por ahora no podían financiar ese tipo de proyectos, que tenían muchas necesidades de mayor importancia. A los discapacitados los atendían ahí, como sabía, con lo que se podía. Eran muchos y no se daban abasto. Concluyó diciendo: "Se hace lo que se puede".

Salió de la oficina de aquella mujer que sólo trataba de hacer su trabajo, nada más; cumplir, sin comprometerse más de lo

necesario, sin esfuerzos extras, sin escuchar realmente las necesidades de los limitados.

Aquel pasillo largo, con butacas en algunos consultorios, con gente, poca en realidad, con empleados lentos como la burocracia, lo recorrió de salida lo más rápido que pudo. Aquello no sólo significaba para ella un futuro, sino ayudar a los que estaban peor que ella. Le dolía enormemente ver el sufrimiento ajeno, no quería que nadie pasara tantas carencias como ella hasta ahora. En su pensamiento cruzaban ideas como changos brincando, buscaba la solución a ese planteamiento lógico de justicia que se hacía al mirar sin entender el razonamiento ajeno.

No se daba por derrotada. Más dependencias a las cuales acudir, la esperaban. Claro, sentía zozobra y esperanza. Suspiró profundamente, pero no por desánimo. Ella parecía suspirar siempre por todo, de cansancio.

Afuera, cuando hubieron traspasado la puerta de salida, vino a su mente la fe que mantenía siempre, más aún en ese momento. Antes recibió muchas negativas y malas caras, era una más que se sumaba al largo historial.

—Vámonos, Víctor, mañana vemos al presidente municipal, a ver qué nos dice. Se fueron, Víctor impulsándose a cada brinco con las muletas, con ambas piernas al mismo tiempo; ella en la silla de ruedas eléctrica. Se perdieron en las avenidas rumbo a la casa. El camino era muy largo, había que tomar la avenida Santos Degollado hasta donde encuentra el final en las vías del tren, donde comienza la salida del dren y el canal de aguas de riego para después seguir, como casi a diario, por el polvoriento camino de monte que la llevaba a su hogar de calles terregosas.

Esa tarde estuvo cavilando mucho, tratando de mejorar lo escrito, de adivinar dónde había algún error garrafal que pudiera cerrarle las puertas en todos lados. No quería recibir uno más.

Los obstáculos físicos le complicaron el día siguiente: treinta escalones, varias banquetas implacables. Volteó la mirada hacia

arriba, desde el piso y con ruedas se percibía muy alto. Como siempre, algunas almas caritativas ofrecieron sus brazos para subirla, con todo y la silla de ruedas, uno a uno, cada escalón. Llegó a tiempo a su cita. La puerta le abrieron en un gesto de auxilio. Al frente estaban cuatro escritorios con las secretarías anotando los nombres de los citados. Un montaje tipo escuela rodeaba el centro del Salón de Cabildos. El Chino Valenzuela, presidente municipal, conversaba en el otro extremo con algún solicitante. Las citas eran breves y concretas, había poco tiempo para cada quien. Lidia, nerviosa, debía ser clara y directa. Comenzar con algo que los interesara para seguir escuchando lo que tenía en mente. Los regidores le pusieron atención desde el principio. El presidente municipal se mostró complacido. Tal vez pasaba por su mente: "Tengo que hacer algo bueno. Ésta es la oportunidad. Le voy a decir que sí, qué más da, quiere trabajar, le daré empleo".

—Señorita Lidia Chaidez, vamos a analizar su propuesta. Déjenos una copia, por favor. Le daremos respuesta la siguiente semana. Llámeme.

—Muchas gracias —por dentro sintió zozobra.

Una esperanza iluminó su camino de regreso a casa. No era fácil conseguir un empleo en esa ciudad tan pequeña, y las posibilidades para una discapacitada, nulas.

Ella lo conseguiría. Habían visto la iniciativa y la seguridad que se requiere para dar ese paso en una joven casi imperceptible, inclinada en una silla, acompañada de un hombre con muletas, proponiendo, aventajando al resto. Por lo menos era de buen ver.

Dos meses pasaron después de la entrevista con el Chino Valenzuela. Le aprobaron el proyecto y el puesto era suyo.

Se levantó temprano, el horario de entrada era a las nueve de la mañana. Le pidió a su hermana que le secara los cabellos. También le marcó con el delineador, le rizó las pestañas y le puso rímel, le pasó el polvo por la cara, le dibujó los labios y le dejó un poco de pintura que ella misma se extendió, luego el rubor.

Se miró en el espejo pequeño, doblado entre los dedos apretujados. Le acomodó la blusa, que le bajó con fuerza hacia la cintura, y le jaló el pantalón para que quedara alineado el talle. Le enderezó los pies y se los amarró con un cinturón especial en las chapaletas de la silla. Le colgó la mochila en el respaldo, llena de cuadernos y notas con guías que pensó le servirían, y su proyecto dividido estratégicamente en partes; ya estaba lista para salir a su primer día de empleo de toda su vida.

Tuvo que conseguir un aventón con el vecino. Lucrecia la subió a la camioneta, estaba concentrada en el tiempo que le llevaría el trayecto, no quería que se le hiciera tarde. Buscaron estacionamiento dentro de las instalaciones del H. Ayuntamiento. No había uno especial donde descender, tuvieron que hacer una maniobra acercándose a la primera banqueta libre y demandar auxilio a los transeúntes.

Con el corazón agitado y una ansiedad que no manifestaba, comenzó a morderse las uñas con el codo encajado en el muslo. Miró a su alrededor para empezar a ambientarse. A partir de ahora ella sería parte de la infraestructura: tendría que identificar escalones, banquetas, ubicar el mejor camino para llegar con menos obstáculos, deslizarse grácil como una tabla de surf sobre olas feroces y sortearlas, familiarizarse con rostros que eran parte del paisaje coloquial, agudo, de menudas figuras eternizadas en los bufetes. Antes no tuvo necesidad de descubrir estrategias de acceso a esa explanada.

Lucrecia la tomó por las manijas y Lidia le señaló el camino que ahora tenía claro. La dinámica acabó frente a la entrada. Se detuvo, emergió alguien distraído que se impactó con las puntas de las pieceras y, con un gesto indignado, se frotó. Ella se disculpó y siguió. La acogida era lastimosa. Desde esa tribuna apreció el panorama exacerbado. El vehículo que la sostenía apenas traspasaría el marco reducido y dos metros más cuando mucho. En el interior, llamadas incesantes, saludos interrumpidos. Se intimidó

un segundo. Tal como esperaba, habían pasado algunos instantes y nadie percibía su figura en ese espacio. No anhelaba atenciones especiales, mucho menos privilegios que incomodaran a sus colegas. Algún alma sensible sostuvo la puerta y la invitó a seguir el camino.

Para su llegada habían colocado un escritorio de medio uso frente a la entrada de la Dirección de Acción Social. Había un peldaño más que saltar antes de entrar por la puerta; un espacio donde apenas una silla tenía cabida. Había varias gavetas vacías, pero ni un lápiz ni una hoja ni un instrumento de trabajo, mucho menos una línea telefónica. Más que nada, el escritorio parecía un estorbo para llegar a las oficinas. De por sí, ya estaban atiborradas, apenas había espacio para circular lo necesario. El bullicio enajenado de voces entrecruzadas de mujeres recordaba más una central de llamadas con cubículos estrechos que oficinas del H. Ayuntamiento de Ahome.

Entró la luz con su sonrisa, se apagó el cuchicheo lastimoso para robar unos instantes de curiosidad. Salió al paso Socorrito, una mujer amorosa, caritativa, orgullosa de serlo y que lo demostró al presentar a la licenciada Lidia de Jesús Chaidez López como encargada de un nuevo proyecto de “atención a personas con discapacidad y grupos vulnerables”. No sabía aún cómo armar su primer día de trabajo. No había herramientas externas ni había brazos tecnológicos, pero quería demostrar que se iniciaba una existencia nueva para ella: año de 1999.

Con el sueldo más bajo que la mayoría de sus colegas, sin presupuesto, sin vales, sin un asistente para darle un vaso de agua ni un espacio digno. Todo fue un parapeto, pero ella sabía aprovechar muy bien los pocos recursos concedidos.

Los primeros meses fueron titánicos. Lucrecia corría con ella a través de las calles perdidas que rodeaban la colonia Praderas de Villa, que estaba lejos de cualquier caserío adherido a la ciudad. Pasaban los corrales y matorrales que parecían interminables.

Después de cruzar los dos puentes sobre el canal y el dren, se sentían aliviadas. De allí a la oficina era sólo media hora empujando a su hermana, pero ya sobre las calles pavimentadas.

Se presentó a su trabajo día a día. La gente necesitada llegaba pidiendo apoyos: una anciana sin apenas que comer y sin un bastón para recargar su débil esqueleto, un padre angustiado porque su hijo necesitaba rehabilitación, personas que no tenían una silla de ruedas para salir de sus casas y ser transportados, otros no tenían para medicamentos ni para médicos, otros querían trabajar, otros necesitaban capacitación, ya que nunca fueron a la escuela. Diariamente había un desfile que crecía cada vez.

Lidia permanecía detrás del escritorio. La gente no tenía más que esperar afuera para plantearle el problema. A todos los escuchaba. Le pidió a Marielena que le hiciera un formato de peticiones, que la gente lo llenara y ella los atendería. A todos les hacía esa promesa. Quizá creyeron en ella porque sabía ponerse en el lugar de cada persona, conocía toda clase de necesidades, todas urgentes. Con paciencia escuchaba. Al parecer, se iban enterando de que ella estaba para atenderlos y creían que tenía todos los recursos para solucionar los problemas, enormes, básicos, pero sólo se le había otorgado el poder de escuchar. Muy pronto, actuar sería parte de sus facultades e iniciativa propia.

La línea telefónica de la secretaria de otra área fungió como línea para ella también, consiguió un directorio de extensiones telefónicas, dependencias de gobierno e instituciones públicas y privadas; siguieron llamadas a escuelas, hospitales, centros de rehabilitación, visitas a empresarios, funcionarios, directivos y muchos más; oficios, solicitudes...

Mucha gente bondadosa comenzó a apoyar su trabajo consiguiendo becas de estudio en los Centros de Capacitación para el Trabajo y en universidades; la exoneración de pago en transporte público; acceso a deportivos; consultas médicas, medicinas gratuitas y donaciones de sillas de ruedas y aparatos ortopédicos;

convenios con asociaciones; descuentos en pago de predial y agua; placas de auto con identificación de discapacitados; trescientas despensas mensuales para entregar a los necesitados; donativos de zapatos, ropa, juguetes en Navidad; gestión de rampas en las banquetas y estacionamientos preferenciales en edificios públicos y de gobierno.

Para comenzar la gestión del elevador en el edificio de trabajo tuvo que seguir una lista interminable de trámites, como las necesidades que surgen día a día.

Su ángel le abrió las puertas de muchas personas y creó ella misma una línea de ayuda y comunicación, formó sus propios directorios de personas que estaban dispuestas a apoyar de cualquier forma y que sigue conservando en la actualidad; aproximadamente tres mil personas beneficiadas siguen recibiendo el apoyo de sus gestiones, gracias al espíritu emprendedor que la ha mantenido trabajando duramente durante mucho tiempo.



## 11. LUCRECIA: SU NUEVO APOYO

Lucrecia encontró en Lidia el apoyo que requería para seguir adelante con sus objetivos. A su vez, Lidia necesitaba tener a su lado a alguien con quien contar incondicionalmente, continuaron la vida juntas, complementándose. Lucrecia la preparaba y llevaba al trabajo diariamente, y ella le vigilaba a los niños por la tarde, cuando se iba la universidad a estudiar Derecho. Lidia aprovechaba para seguir pintando, no sin estar pendiente de sus sobrinos, dirigiendo a Marilyn todo el tiempo, atenta a su hermano Leonardo. Con la beca de pintura y el sueldo de Lidia podrían continuar ellas solas.

El año de 1999 fue para Lidia un año de muchos retos y crecimiento en todos los sentidos. Madurar como persona, obtener logros y éxito en sus proyectos le hizo ver la vida desde ángulos muy diferentes. Cuando llegaba a su casa, se tomaba un tiempo para respirar, meditar sobre lo acontecido durante el día. A veces, en la banqueta observaba su vida y el sentido que ahora tenía, pintando en su paleta todo el entorno; como aliciente, era su mejor terapia.

El trabajo se volvió arduo, demandante. Si ella no daba continuidad, sabía que nadie más lo haría. No tener un vehículo para trasladarse a su trabajo complicaba la labor y la volvía difícil todos los días. Nadie sabía a ciencia cierta cómo llegaba a su improvisada oficina.

Pasó el tiempo, y a veces con eso las cosas complicadas se van solucionando. Compró un vehículo usado con los ahorros de sus dos sueldos, después conseguiría en la frontera una Van adaptada con rampa eléctrica.

Todo su trabajo comenzó a generar numerosos reconocimientos y llegó a formar parte de prestadores públicos reconocidos, columna y cara de la acción social ante la demanda de los más desvalidos que el gobierno tenía la obligación de cumplir. A través de Lidia lo lograba.

A quien se ha enfrentado siempre a la discriminación e indiferencia de muchos no le importaba la actitud de personas inconscientes. A ella sólo le interesaba aportar y que los recursos llegaran a quienes los necesitaban. El trabajo lo ha realizado siempre saltando murallas de apatía y obstáculos económicos, de esa manera ha logrado aportar con orgullo su trabajo y compromiso con inconmensurable amor al prójimo.

En el año 2001 se aprobó la Ley Estatal de Discapacitados, que no se ha aplicado porque no existe un reglamento que la regule, y sigue sin ser tomada en cuenta.

Primero fueron llamados minusválidos o inválidos; algunos, de forma más peyorativa, se referían a ellos como lisiados; entre ellos, chuecos, después discapacitados, ahora les dicen "con capacidades diferentes". Han ido cambiando el nombre no sólo para diferenciarlos entre los demás, sino para seguir discriminándolos. Lidia es un testigo confiable a la hora de exponer los avances de la verdadera integración a la sociedad. Es muy poco lo que se ha logrado, a pesar del considerable esfuerzo.

Desde hace varias administraciones y cambios de gobierno, Lidia ha continuado con su labor titánica. Le han solicitado conferencias de motivación en las escuelas secundarias, de bachilleres y universidades, y le han entregado reconocimientos públicos por su trabajo incansable, lo que le aporta más energía para permanecer en el sendero del amor, de la empatía, de la auténtica compasión.

## 12. Y DESPUÉS DE 1999... UNA CONCLUSIÓN CON LA BOCA Y EL CORAZÓN

Lidia seguía en su proceso creador; era interminable la voluntad que había desarrollado. Formó su propio entorno forjado a su manera: la sonrisa de la vida, siempre miró el lado positivo de todo lo que se atravesaba en su camino, bueno o malo, siempre era guiada por algo más que un simple deseo, por su espíritu inagotable, como una fuente que emana desde lo más profundo del planeta, de veneros inagotables de agua pura y fresca, sin contaminar. Así era el espíritu de Lidia.

Ese día del año 1999 sintió que algo más habría de descubrir. Estaba esperando ansiosamente a Fabiola —su amiga más querida— y dejó de lado las obligaciones laborales. Se olvidó por un día de las llamadas a los funcionarios para explorar esa otra faceta de su espíritu altruista, que además la llenaba totalmente.

Le dijo a su amiga que tenía una oportunidad, algo diferente para ver su vida desde otro ángulo, no sólo desde el que el destino le había marcado con una enfermedad injusta, como todas las enfermedades, que además era silenciosa y poco a poco le cobraría todo lo que le debía al destino. Lentamente iría perdiendo la movilidad muscular, hasta que ya no pudiera caminar; piernas, brazos y con el tiempo, que esperaba fuera mucho, se paralizarían igual que su corazón, tal como ya le había pasado a una de sus hermanas, recientemente fallecida.

Fabiola aceptó la invitación de Lidia a ver los colores de su desdicha con otro tono, el más profundo; el que sale del inconsciente

es más fuerte. Aceptó porque ya no tenía más rutas de escape. No era su vocación el arte, tal vez no tuvo tiempo de saber cuál sería, ni de escoger una, porque, además, estaba la necesidad económica.

Lidia la recibió y le enseñó a pintar. Siempre le dijo que si aprendía, podía mandar sus cuadros a la Asociación de Pintores para conseguirle una beca.

Ese día Fabiola llegó en la combi que Lidia le había pagado para que la trasladara desde su casa en la colonia 72.

La citó por la tarde, cuando el cuerpo se siente adaptado al día y los ojos están más despiertos, porque Faby no quería perderse ni un instante de retención. Lilí le preparó una libreta de dibujo y lápices especiales. Era su primera alumna en su casa.

Compartiría un pedazo de esencia pura, algo íntimo que había brotado lentamente y se había perfeccionado. Ahora emanaba de ella y era para impregnar a otros de la naturaleza, esa parte que poseemos todos y que no tiene nada que ver con lo externo ni lo físico.

Fabiola comenzó a reconocer en ella misma lo que Lidia había compartido. La vida le dio un giro cuando descubrió que lo externo era pasajero, así como el mundo que las rodeaba, sólo permanecería en ellas la voluntad y la felicidad con que recorrieran su camino de ahora en adelante. Se olvidó de lo que le hacía daño y comenzó a trazar las líneas que la llevarían a la libertad. Además de su independencia emocional, consiguió la beca en poco tiempo para lograr también la autonomía económica.

A partir de ese día se presentó a sus clases puntualmente. La historia de su final no se había escrito, faltaba mucho que lograr para purificar su alma.

#### LOS DÍAS DE TRABAJO...

Ahora los días eran ágiles, podría intercalar el amor a la vida que le daba el arte con sus responsabilidades en el trabajo, en el

altruismo practicado desde un escritorio que, día a día, tenía la misma finalidad: ayudar a otros. Lo único que aumentaba eran las personas necesitadas de un poco de luz que ella les brindaba porque sentían tranquilidad y confianza al escuchar su voz dulce y pausada.

El compromiso era real. El trabajo para ella era un reto cada tarde, cuando los huesos del cuerpo se arqueaban por el cansancio y le mandaban un mensaje de incomodidad y a veces de dolor al cerebro.

También se fue adaptando a sus compañeras, y ellas, a su vez, a tener la paciencia que Lidia necesitaba que le tuvieran. Poco a poco fue adquiriendo confianza en sí misma, no había barreras intelectuales para llegar a sus objetivos. Nadie sabía que las llamadas que realizaba provenían de alguien que no podía ni marcar los números del teléfono. Tampoco tenían porqué saberlo. Gestionaba filosóficamente, sentía que había tiempo para esperar.

Además de compaginar hábilmente su vocación artística con el trabajo en el Ayuntamiento, también colaboraba con asesoría psicológica en la Asociación de Discapacitados. Trataba siempre de integrar a la sociedad a quienes estaban recluidos en sus casas, amargados, desesperanzados.

Había encontrado en su vida el equilibrio entre el trabajo que nos hace dignos y el don con que había nacido. Continuaba siempre inspirada en sus obras y seguía enviando a la Asociación de Pintores, cada año, de cinco a ocho cuadros que escogía concienzudamente. Habían pasado en ese año, 1999, muchos acontecimientos que marcaron su vida.

\*\*\*

Sentó al Tony, su hermano, en cuclillas, y como modelo lo tuvo durante varias horas de distintos días. Le pidió que se tornara pensativo, ensimismado, y al Tony le salía bien, siempre andaba

en ese estado, tal vez por eso lo eligió. Se reía en vez de quejarse, era dócil e inseguro, tenía muchos dones a los que nunca les supo sacar buen provecho, como el de la cocina, o bailar. Gozaba sus miedos y los reflejaba en un rostro apacible, agachado. Lo pintó y desdibujó, dejándolo como una mancha en un cuadro impresionista.

Con esa obra vino el primer llamado al reconocimiento en su inaugural concurso. Ganó el primer lugar del Premio Municipal de la Plástica Ahomense, con la pintura al óleo *Sí mismo*, que ahora permanece en el Museo de la Casa de la Cultura de Los Mochis. Era el mes de septiembre del año 2000.

El siguiente mes asistió a su primera exposición artística colectiva de la Asociación de Pintores con la Boca y con el Pie en la ciudad de México. Vería de nuevo a John Grepe, quien había ido a conocerla unos meses antes a la casa de Los Mochis. Un hombre bondadoso que tenía en la mirada humilde una similitud de rasgos con Lidia.

Así continuó su trayectoria como artista inspiradora de muchas personas, sin perturbarse más que lo mínimo cuando se topaba con la indiferencia y la discriminación, que no faltaba de vez en cuando, para hacerla sentir que los desafíos no tenían fin. Así es el mundo, no hay más explicaciones que parezcan lógicas y den sentido a las actitudes de los demás.

Vinieron otros frutos de su inspiración que brotaba cada vez más fuerte y probó crear sin descanso. En el remanso de sus pincladas encontraba el alivio a cualquier obstáculo cruzado. En su hogar, que se volvía más estable cada vez, con los hijos de Lucrecia creciendo, tenía la satisfacción de haber logrado la independencia. De ahí para adelante todo era un triunfo incesante.

En el año 2001 participó en la exposición colectiva en la Universidad de Occidente, regresó a los pasillos que la vieron recorrer con las ruedas, varios años, escalones que había contado cada día de estudios hasta el tercer piso en algún bimestre, cuando era

jalada escalón por escalón. Sus mujeres capturadas en lienzos ya eran aplaudidas y reconocidas.

Fueron solicitadas en 2003, para exposiciones en la ciudad de El Fuerte y en la Universidad de Occidente de nuevo, por el Club de Mujeres en el Arte.

Encontró la ruta a seguir, sin vacilaciones, con metas específicas. Hasta en el amor encontró el complemento de todo. Porque aún le hacía falta desarrollar otra faceta, la de la familia propia a la que ella podría sentir suya y que era la continuación de la que había experimentado toda su vida y que seguía bajo sus cuidados: su madre, sus hermanos, casi todos, hasta su padre. Ahora ella los protegía como siempre y, hasta que tuviera aliento para ello, seguiría por este camino.

Lidia se vistió de blanco con un ajuar elaborado especialmente a su gusto y para usarlo con la silla de ruedas eléctrica. La maquillaron los expertos que hacen a las novias inevitablemente bellas ese día como ningún otro de la vida, pero su felicidad era singular, ¿qué matices de la vida dejaría plasmados en ese cuadro que ahora era titulado como La dicha! Lograba todo lo que en ilusiones llegó a presagiar lejano: ella y Víctor se casaron en el año 2004.

Entonces Lucrecia, su hermana menor, supo que había terminado el ciclo que comenzara hacía cinco años al lado de su hermana, cuando ambas se necesitaban y amaban entrañablemente. También ese año terminó la universidad como licenciada en Derecho y buscó a dónde mudarse con los dos hijos, alejándose muy poco. Debía dejar espacio para que su hermana descubriera su nueva obra, aunque no había lugar distante dentro de la ciudad que no pudieran recorrer en una hora.

Desde ahora, Víctor sabía que sería las extensiones que Lidia necesitaba para subsistir, lo tenía a él para realizar todas las hazañas que antes habían sido de la madre y los hermanos. Tuvo tiempo para analizar ese destino. En trece años de noviazgo no había más

que pensar, el corazón los guiaba porque, a personas como ellas, no hay más cosa que les selle el camino que la unión del espíritu.

Parecía fuera de lo tradicional, pero no lo era. Lidia trabajaba para llevar el sustento, brindaba su casa y comida. Víctor la colmaba de atenciones, se familiarizó con la cocina, adaptada a la estatura de una persona en silla de ruedas, y sabía preparar alimentos vegetarianos de manera excepcional, lavar la ropa y manejar para llevarla a la oficina. Empezó a cubrir las necesidades físicas de ella, no había más que decir ni opiniones que escuchar. Estaban ellos más allá de cualquier convencionalismo: ¡siempre lo estuvieron!

Acoplarse a su nueva vida no fue difícil. Llevar una relación matrimonial sólo causaría curiosidad para algunos. Todos los cambios para bien eran sencillos de integrar a sus rutinas después de haber aprendido de la peor forma a sobrellevar los acontecimientos normales de la existencia.

La vida de Lidia se había tornado estable desde todos los ámbitos posibles, menos en la salud. El tiempo no perdonaba su cuerpo paralizado que, con los años, se transformaba como el de cualquier otra persona. Aunque tenía muchas actividades y su vida estaba llena de satisfacciones, a veces la fragilidad física le hacía aminorar la marcha, así como las infecciones y los calores.

Aunque muchas veces los médicos le dijeron que se fuera a otro clima más fresco, nunca hizo el menor caso. Ahí estaba la tierra que arraiga. Puede ser que siempre sintiera en su interior el compromiso que adquirió desde niña por ser la mayor, siempre recordaba lo que su madre le infundió: los principios y valores de respeto a la convivencia entre personas. Siempre le dijo que tenía que cuidar a sus hermanos más chicos; esas palabras le quedaron plasmadas en el corazón. Tal vez era el amor que tenía de sobra. Estaba al pendiente de todos. Casi a diario recibía a alguno de sus hermanos, a su padre, ya viejo, atrofiado y con facha de indigente, todos necesitados, qué ironía, como recibía a tantos otros que, con más movilidad física, se sentían inválidos. Aun con



los huesos cansados, soldados unos con otros en la columna vertebral, no había excusas para ella. Porque, después de ella, ¿quién era más inválido?

Su abuela murió en 2007 y fue un golpe duro. De salud excelente, se fue cuando tenía ochenta y cuatro años. Ya no había porqué ir cada fin de semana a disfrutar del paisaje entrañable, era ella la acuarela que adornaba el horizonte que todos querían observar absortos. El cuadro había perdido la belleza y quedaba vacío, sin alma. La casa de los recuerdos comenzó a derrumbarse. También ella sintió que no había razón para continuar, estaba cansada de tantos años de pie, sin enfermarse. Como por encanto comenzó a doblarse a la mitad, algunos decían que la Manina andaba adentro y la veían balanceándose en la mecedora.

### 13. LOS INICIOS DE LA ESCUELA DE PINTORES CON LA BOCA: EL PRIMER TALLER

Las historias se enlazaban por su camino, una la llevaba a otra y la otra a otros discapacitados provenientes de accidentes automovilísticos, al igual que ella, o de enfermedades limitantes. Después de haber descubierto su iniciativa para impulsar a otros, conoció a seis pintores potenciales más a quienes visitaba en sus casas para alentarlos y después invitarlos a su hogar, donde iniciaría una escuela de artistas valientes y creativos; ella les enseñaría a pintar. Su casa se abrió a todos ellos e inauguró un taller de pintura en el año 2005, los recogía en su propia camioneta con rampa para asistir a cada clase, les enseñó, les dijo cómo hacer sus propios caballetes adaptados para cada necesidad y silla o cama.

Conoció a Gilberto, quien se mantenía en una cama ortopédica de ruedas debido a una enfermedad que le atrofió las articulaciones progresivamente. Aunque era de mente muy positiva, nunca salía de su hogar, que usaba como guarida conectándose al mundo exterior a través de la computadora. No se atrevía a mirar el mundo de nuevo desde ese armatoste enorme que era su lecho. Los músculos inmóviles le habían entiesado el cuerpo al grado de no poder incorporarse. Lidia lo visitó para demostrarle que podía ser útil y ocuparse de su vida de una forma digna. Comenzó a tomar clases con ella y, al poco tiempo, se convirtió en becario de la Asociación de Pintores, uno de los más talentosos y creativos que ahora viven del arte.

También Víctor Manuel Reyes, uno de los primeros alumnos de Lidia, comenzó una nueva etapa de su vida gracias a la pintura, y como becario de la Asociación ahora puede mantener a su familia como artista discapacitado.

Claudia Carolina, alumna de Lidia que, como ella, tuvo compresión medular y quedó cuadripléjica, llegó a realizar uno de sus sueños más grandes que no creyó posible realizar en su condición física actual.

Mary Romero, con poliomielitis infantil, de adulta contrajo artritis y osteoporosis. Después de la insistencia de Lidia para que tomara su taller, asistió un día. Ahora pinta con la boca desde 2008.

Ana Rosa Torres se inscribió al curso de Lidia y aprendió a pintar con la boca; tiene artritis reumatoide y ahora ayuda a su familia a salir adelante.

A Alicia León le dio artritis reumatoide y vivía de la caridad afuera de una iglesia, con su hija. La fortuna le permitió saber del taller de pintura de la profesora Lidia y eso le ha dado esperanzas a su vida. Después de no tener para subsistir, ahora mantiene a su familia con ocho mil pesos al mes.

Para Gabriel Cortés es lo mejor que le ha inspirado la vida, ya que padece una enfermedad de nacimiento y es de cuna muy humilde.

Raúl Ortiz Carrillo quedó cuadripléjico después de aventarse un clavado en el río Fuerte. Desde 2009 se ha convertido en pintor.

Enrique Trasviña, cuadripléjico debido a un accidente de trabajo, cayó de un espectacular. Es pintor desde 2011.

Edith Herrera, con parálisis infantil, toma clases con Lidia gracias a Fabiola.

Jaime Adán Fierro, con daño cerebral severo, ahora toma clases con Lidia...

Víctor Leopoldo Zamorano, ya fallecido, también fue su alumno.

Ahora está capacitando a cuatro alumnos más.

A todos ellos los ha incorporado a la Asociación de Pintores con la Boca y con los Pies. En la actualidad, es la ciudad con mayor número de becados en todo el mundo, son quince ingresados por una sola profesora: Lidia de Jesús Chaidez López.

### EL AULA VOCACIONAL

En 2006, le prestaron a Lidia un aula en la Escuela Vocacional de Artes de Los Mochis, en la planta baja, para ser utilizada un día a la semana, los viernes. Ya no tenía que recibir a sus alumnos en su casa, que siempre permanecía llena de sillas de ruedas. Por lo menos había construido una estancia amplia para maniobrar libremente. También conseguía material para ayudar a los recién llegados a pintar los trazos de su nueva existencia. Con los brazos abiertos y una sonrisa franca les daba la bienvenida. Se les miraba tímidos, sobrecogidos, pues con justa razón se sentían inseguros.

También citó a los alumnos a los que antes enseñaba en su casa, la mayoría de ellos estudiantes de pintura con la boca y algún discapacitado que pintaba con las manos.

Poco a poco se fueron sumando más interesados en demostrarse que eran personas útiles. Dentro de esa aula dejaban afuera las limitantes, el ambiente externo que a veces era tan hostil y denigrante. Se olvidaban de todos los humanos que parecían maniqués observándolos a cada paso y adoptaban el papel que ahora podían desempeñar para dejar de ser una carga en su círculo familiar y social. No necesitaban caridad ni compasión para continuar su existencia.

El taller de pintura de Lidia les haría recobrar la fe y el respeto por sí mismos al sanar las heridas emocionales ocasionadas por los golpes tan duros de la condición humana.

La Asociación fundada altruistamente para devolver a los seres su capacidad creativa fue el instrumento para que logran la

purificación mediante la renovación, porque no había más camino que ése.

Ayudar a otros le dio a Lidia las herramientas para descubrir el auténtico valor humano. Ahora cuenta con treinta alumnos con discapacidad motriz, y todos los viernes, de manera voluntaria, les comparte sus experiencias y conocimientos en el arte creativo y en el arte de la vida.

La constancia logra recoger los frutos de lo que se ha sembrado con ahínco. Conaculta le solicitó a Lidia dar clases de pintura en la misma Escuela Vocacional de Artes (EVA) a niños con discapacidad intelectual, los sábados. El sueldo es bajo porque lo comparte con dos personas que son de apoyo necesario para controlarlos.

Para los festejos de los cien años de la ciudad escogieron a varias personalidades que son un ejemplo para los ciudadanos. Colocaron un espectacular a la entrada de Los Mochis con una foto de ella pintando, con una leyenda que dice: "Lleno la ciudad de mi creatividad. Yo amo a Los Mochis". Ahí estuvo durante dos años. Olivia pasaba enfrente y se detenía a mirarla, orgullosa de su hija mayor. Cuando se enteró de que la retirarían, inmediatamente recogió la lona, la dobló y se la llevó a su casa. Muchos reconocimientos más ha recibido desde que su trabajo la precede, siempre es tomada en cuenta como la muestra de que todo se puede lograr.

Han pasado trece años entre obstáculos y administraciones que van y vienen dentro del Ayuntamiento de Ahome, pero Lidia ha permanecido sobre todos los acontecimientos.

El objetivo que se planteó desde el principio se ha logrado, aunque ella dice que no en su totalidad. Hay muchas ideologías distintas y burocracia que no permiten avanzar en los proyectos sociales. Actualmente está en espera de que se instaure la dirección de la misma área que ella coordina, aprobada por el gobierno, que no ha encontrado camino para asentarse porque implica destinar un presupuesto, entre otras muchas cosas. Ella desea se dé luz

verde a este proyecto para retirarse sabiendo que su labor no se irá con ella.

Después de todo ese tiempo de trabajo, sabe que falta mucho por hacer. Ella dio los primeros pasos y sabe que podría hacer más todavía, pero su débil cuerpo le reclama muchas veces por cansancio. El ritmo de trabajo que lleva es duro y ha decidido retirarse. Está en espera de una solución de la pensión del IMSS y que se resuelva la demanda que interpuso en contra del Ayuntamiento de Ahome porque la retiraron del sindicato, además de estar en riesgo de ser despedida por reclamar ese derecho justo.

## 14. UN FINAL QUE CONTINÚA EN LA CREACIÓN Y LOS COLORES DEL ALMA

Lidia ha logrado lo que pocas personas en su situación física: materializar los anhelos por los que trabajó duramente toda la vida. Su condición sigue siendo humilde en todos los aspectos. Las cosas materiales son pasajeras y ella, con su arte, ha demostrado que no hay duda de ello; lo ha transmitido a través de sus lienzos, donde ha dejado parte de su esencia, en cada uno, porque son como sus hijos, y cada vez que se tienen que ir le cuesta desprenderse de ellos, sus obras de vida.

Adquirió el pequeño terreno con un cuarto junto a su casa, que va pagando poco a poco para adaptarlo como su escuela. Espera terminar pronto, como las posibilidades y el tiempo lo permitan. Ése es su sueño por materializar ahora: dedicarse sólo a la escuela de pintores que ella dirija y seguir impulsando a otros discapacitados que requieran un aliciente para continuar la vida sin tristeza.

Todo el tiempo en esta vida ha ido despacio, pero sin un paso atrás. Así llegará a culminar cada meta que se forje.

Dedicarse tiempo completo al arte, a tomar clases especializadas de pintura, a sus alumnos y a ella misma es ahora el objetivo siguiente. Su cuerpo fatigado ya no soporta el trabajo estricto diario. Necesita tiempo para descansar y recobrar la salud física en su silla de ruedas, viajar más seguido a la playa, fuente eterna de su inspiración.

Lidia sigue amando y respetando a la vida: "He mejorado mi autoestima. Todo lo que hago me satisface enormemente. Soy

mejor persona y aprendo cada día más, porque a todos los apoyo con cariño, me quieren, me respetan y me ven bien". Ésas fueron sus palabras en alguna de muchas entrevistas que le han hecho.

Tiene muchas metas más en su camino. Frente a ella vislumbra un mundo feliz y pleno, se siente realizada en todos los aspectos. Lo que le gustaría saber es que han encontrado una cura para la lesión medular. Desde niña siempre le dijeron los médicos que pronto encontrarían un remedio, y antes de morir quisiera caminar de nuevo.

Alguna vez le preguntaron si cambiaría su vida si pudiera. Les dijo que sólo lo haría si pudiera saber que sería tan feliz como lo es ahora.

"La vida es sencilla, nos la complicamos siempre. La discapacidad no es una limitante. Tal vez sólo impide correr con los pies. La discapacidad es una condición humana, no un problema. Los problemas se pueden resolver."

Lidia es una bendición y modelo de vida para todos los que la rodean. Ha demostrado fehacientemente que no hay obstáculos para lograr el éxito, a pesar de la discriminación en que aún vive diez por ciento de la población discapacitada en México y de que continúa rebasando las cualidades que como seres humanos todos poseemos de forma indistinta.

La lucha no ha terminado. Ella es la incansable guerrera que todos debemos mantener inmutable, y mientras su espíritu siga engrandeciendo nuestro paisaje, seguirá su ejemplo intacto eternamente.

"Cuando pinto me olvido totalmente de que mi cuerpo es así..."



Graciela Enríquez Enríquez  
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de  
Yvette Couturier

Se terminó de imprimir en septiembre de 2013

Diseño gráfico editorial  
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Baskerville en tamaños  
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por  
DEMAC